



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuera, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcon, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Ceraino, Chese, (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas-Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro Flores, Figueroa Figueras (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galvesto de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guallbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Friarte, Javer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañay y Flaquer, Medina (D. Tristan), Morelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarria, Olavarria y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olszaga, Pompilio Genet, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Gallo, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Rus de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarrinaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmoron, Sanromá, Selgas, Señora Serrano Alcázar, Selles, Tamayo, Truaba, Tubino, Talara, Ulloa, Valera, Velaz de Medrano Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Cemborain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan), Ribot y Fontseré, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Octubre de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Raguer.—El poder temporal de los Papas en el siglo XIX, por Nicolás Díaz y Pérez.—El servicio militar, por José Pineda.—Siluetas españolas, por José Bravo y Dertonet.—Cumpliendo las reglas, por J. Francos Rodríguez.—Defensa del sexo feo, por Pablo Cantó.—Laura (continuación), por Miguel Martínez Franco.—El marqués de la Ensenada, por Eusebio Asquerino.—Los soliloquios de Dunich, por Doserres.—Horacio Mann, por Eusebio Asquerino.—Historia de jueves, por Saturno.—Historia antigua, por Rafael Colmenge.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

El pánico del dinero.—La cuestión de Oriente.—La política inglesa.—La plata española.—El Parlamento austriaco.—El ducado de Brunswick.

Atribuye la prensa ministerial la depreciación que han tenido los valores públicos á jugadas de Bolsa que proyectan importantes banqueros, como si el primer mercado bursátil de España no estuviese expuesto á la ley de la oferta y la demanda y no aumentasen ó disminuyesen los precios de los artículos, objeto de la cotización, según la abundancia ó escasez.

Los valores que constituyen el crédito de la nación no alcanza mayores ventajas porque el papel no falta en el mercado; porque los habitantes especuladores temen llevar sus fortunas á tal negocio, y porque la confianza ha huido del mercado, como si todos presintiesen males seguros que han de dar en tierra con nuestros escasos recursos y aun con el buen nombre de la patria.

La Bolsa baja por la triste situación financiera del país, no por combinaciones de banqueros ni especulaciones de agiotistas; baja porque el déficit de nuestros presupuestos aumenta por momentos, y porque la deuda flotante nos amenaza con una nueva negociación

que procura utilidad inmensa al establecimiento de crédito que tenga la suerte de pactar con el gobierno.

Inútil es que la prensa ministerial trate de atenuar el pánico que se observa en el mercado y la desanimación que por todas partes cunde; la Bolsa no recobrará el terreno perdido, mientras un Gabinete liberal no garantice los intereses de los tenedores de valores del Estado, y mientras un ministerio de arraigo en la opinión no lleve al centro de contrataciones que nos ocupa los pequeños capitales que buscan empleo en negocios menos productores pero más seguros que el que motiva estas líneas.

Crear que el actual ministro de Hacienda podría llevar la confianza á la Bolsa de Madrid, es pensar un absurdo; la opinión pública duda de todos los individuos del partido militante, y tiene fija la vista en los hombres de las agrupaciones liberales que, aunque no habrían de resolver por completo los problemas económicos planteados por el país, devolverían la confianza al dinero, la animación al comercio, la vida á la industria, y la prosperidad á la agricultura, ya que no puedan conceder, por preocupaciones añejas y viejos compromisos, la libertad á las transacciones mercantiles, que constituyen la más firme base del patrio engrandecimiento.

Abierta está de nuevo la grave cuestión de Oriente, que los diplomáticos más hábiles de nuestros tiempos tuvieron el encargo y el propósito de dar por terminada en el célebre Congreso de Berlín.

No ha sido la ambición de ninguna gran potencia, la que esta vez ha tomado la iniciati-

va de perturbar el equilibrio inestable en que desde hace tanto tiempo viven los pueblos del Oriente de Europa. Son los estados recientemente creados, principados minúsculos y reinos de escaso poderío, los que proponiéndose repartirse la herencia del enfermo del Bósforo, abren inciertas perspectivas á las grandes naciones interesadas en esa herencia, y dan crecida suelta á las rivalidades y recelos que siempre ha inspirado su reparto.

Rusia y Turquía pusieron fin á su territorio y desigual contienda de 1878, con el tratado de San Stéfano, en el que victorioso, como era natural, se reservaba la parte del león. Inglaterra y Alemania intervinieron, haciendo valer el argumento de que todo lo que afecta al estado de Turquía interesa á toda Europa, obligaron á Rusia á someter sus desavenencias con la Puerta Otomana, al examen y decisión del Cónclave europeo.

De ahí nació el tratado de Berlín, que modificó sensiblemente el de San Stéfano, y según el cual Rusia tuvo que renunciar á buena parte de sus conquistas, si bien Turquía no salió muy gananciosa, pues la mayor parte de las comarcas que se hicieron devolver al Czar triunfante, no por ello fueron reintegradas bajo la soberanía del sultán.

Se crearon con ellas principados, casi ó del todo independientes; se engrandecieron los que ya existían, elevando algunos de ellos á la categoría de reinos. El propósito de Europa al obrar de esta suerte, era el de establecer entre Turquía y Rusia, una especie de barrera formada por Estados independientes, con el objeto de que cesando entre ambas potencias toda suerte de contacto directo, se hicieron más difíciles los conflictos, las rupturas y las guerras, que una vecindad inmediata harian sur-

gir irremisiblemente entre pueblos de índole é intereses tan opuestos.

Pero el Cónclave europeo, al crear esos nuevos Estados, no pudo dejarse guiar sólo por los mandatos de la lógica. En las provincias de los Balkanes habían existido en otros tiempos nacionalidades florecientes. En los confines de Servia y de Montenegro, razas caracterizadas se mantenían conservando sus cualidades y sus rasgos étnicos. Fué, pues, necesario atender mucho las pretensiones rivales de los varios elementos que despertaron del letargo tan pronto como se conocieron las intenciones de la diplomacia reunida en Berlín. No era posible satisfacer á todas las exigencias, y fué necesario renunciar á constituir los reinos y principados, obedeciendo al principio de la nacionalidad. Tomóse por base, al contrario, el de la *compensación*, y de ahí nació ese imperfecto equilibrio de fuerza, que hace que todos los Estados que deben la existencia al pacto de Berlín, Servia, Rumania y Bulgaria tengan poco más ó menos el mismo poderío.

Pero por cuidadosa y equitativa que quiso aparecer la diplomacia, padeció lamentable descuido ó cometió injusticia notoria. Dividió á la Bulgaria propiamente dicha, en dos territorios; uno de ellos, conservando su nombre histórico, fué declarado principado independiente, cuya abierta corona ciñó el príncipe Alejandro de Battenberg. El otro territorio, bajo el nombre de Rumelia oriental, siguió siendo una provincia turca, si bien se le reconoció una lata autonomía para la administración de sus intereses,

Esta especie de contrasentido ó de singularidad que las circunstancias impusieron al Aréopago de Berlín, es el que ha puesto fuego á la mecha. Cuando nadie lo esperaba; cuando otras graves preocupaciones hacían perder el sueño á los diplomáticos europeos, y para conjurar otros conflictos, emperadores y cancilleres celebraban conferencias y cambiaban impresiones, la Rumelia Oriental se ha sublevado proclamando la unión de toda la Bulgaria y embarcando para Constantinopla al sorprendido Gavril-Bajá, gobernador turco de la provincia.

La alarma, la emoción de Europa, han sido grandes y son grandes aún las inquietudes que esos actos inspiran no sólo porque envuelven una notoria violación del tratado de Berlín, sino también porque de hecho se ha roto el equilibrio que existía en las fronteras de lo que queda de la Turquía europea. Reunidas las dos Bulgarias, se crea un Estado más poderoso que los otros que en sus alrededores existían, y esto no lo puede consentir Servia. Por otra parte, la formación de un gran Estado búlgaro, nacido al calor del principio de las nacionalidades, desechado en las conferencias de Berlín por impracticable y peligroso, en el caso de que se trata, obliga á Grecia á recobrar las comarcas de Macedonia, so pena de verlas pasar á manos de la Bulgaria. Y de ahí que esos dos reinos hayan puesto en movimiento sus ejércitos, dirigiéndolos á las fronteras macedónicas y á los campos de Tesalia, para imitar el ejemplo dado por su rival, si es que Europa no interviene en el conflicto y hace prevalecer con su abstención la teoría de los hechos consumados.

Y aquí de los apuros de la diplomacia. ¿Se sanciona lo ocurrido en Rumelia? Pues se autoriza naturalmente á Grecia, á Servia, á Rumanía y á Montenegro á buscar á su vez un aumento de territorio á costa de Turquía, y se reduce á esta potencia á una sencilla ocupación geográfica en el lado occidental del Bósforo.—¿No se sanciona la unión de las dos Bulgarias?—Pues hay que tomar medidas enérgicas para reducir á los que han consumado la revolución, y, ó es preciso encargar á Turquía de esa obra, ó es necesario que Europa delegue en alguien esa misión, eventualidades ambas peligrosas, porque si se deja á Turquía enviar sus tropas á Rumelia, ¿quién responde de que Rusia podrá conservar la neutralidad entre su tradicional enemigo y poblaciones que viven bajo su protectorado moral? Y si se encarga á otra potencia de esa tarea enojosa, es claro que

habrá de darla alguna compensación á sus sacrificios de hombres y de dinero, asunto de monta en este caso, porque todo cambio en la situación que tenían las cosas antes del movimiento búlgaro, cae una fuente de nuevas é incesantes dificultades.

Ese es el origen del conflicto actual, y ese el estado de la cuestión de Oriente. Los embajadores de las potencias reunidos en Constantinopla parece que aconsejan que se vuelva al *statu quo ante*. Esa solución es la única que se puede tomar, si se quiere evitar ahora nuevos conflictos. Pero no por ello puede decirse que zanja por completo y definitivamente las dificultades. La cuestión volverá á surgir, aun suponiendo que se arregle, como lo aconsejan los embajadores.

El silencio que se impuso el marqués de Salisbury al encargarse del gobierno inglés, Gabinete actual, ha sido interrumpido últimamente.

El jefe de los conservadores se ha explicado con entera libertad con respecto á la política del gobierno que preside, y con respecto al movimiento rumeliota.

Inglaterra no entiende poder intervenir de una manera particular en la defensa de lo que podría considerar como la obra principal de la diplomacia de lord Beaconsfield y del mismo lord Salisbury.

Con respecto al porvenir, las declaraciones del primer ministro de la reina Victoria han sido bastante categóricas y precisas: excluyen ellas la posibilidad de una acción especial de Inglaterra en la península de los Balkanes.

Esa es una política que quizá sorprenda á los que han olvidado que lord Salisbury no ha sido siempre el auxiliar y el instrumento de las intenciones particulares de lord Beaconsfield en Oriente, y que hubo un tiempo en que Roberto Cecil, ó lord Granbourne, como se ha llamado sucesivamente al heredero del gran ministro, antes de adquirir la sucesión del título paterno, había prestado su concurso en el Parlamento, y especialmente en la prensa, á las aspiraciones nacionalistas de los pueblos de los Balkanes.

En el fondo, el marqués, vuelve á su política personal. Ha creído sin embargo, deber intentar la conciliación entre los dos principios diametralmente opuestos de sus dos políticas contradictorias de 1878 y 1885; pero sin éxito ciertamente.

Según el primer ministro inglés, el tratado de Berlín, en nada absolutamente ha sido perjudicado con los hechos que acaban de acaecer entre Maritza y el Danubio. La unión de las dos divisiones búlgaras no es á su juicio la abolición de una de las disposiciones que lord Beaconsfield y la Sublime Puerta consideran como esencial en la obra del Congreso de Berlín: separando Rumelia oriental del principado búlgaro, y dándole, bajo la soberanía inmediata del sultán, un régimen autónomo, los autores del compromiso diplomático sustituido por Europa al tratado de San-Stéfano, no intentarían crear una división permanente.

Lo más que habrían pretendido, según afirma lord Salisbury, ante el hecho de la ocupación de la Rumelia oriental, llevada á cabo por un ejército ruso victorioso, la formación de una provincia destinada, bajo la inspección de las potencias y teniendo en cuenta algunos principios constitucionales, á gozar de una independencia relativa y á desarrollarse espontáneamente en el sentido de sus aspiraciones unitarias. En una palabra, Rumelia oriental no hubiera sido, en el pensamiento de sus autores, más que un expediente de transición, adoptado para evitar peligros del momento, y hecho para ser abandonado sin disgusto el día en que nuevas circunstancias se impusieran á las preocupaciones de Europa.

Aun cuando el marqués de Salisbury se haya ocupado con preferencia de la cuestión de Oriente, no he dejado por esto de presentar á sus electores del condado de Monmouth el programa de la política interior de su partido,

anunciando grandes reformas en el gobierno local para asegurar el progreso necesario.

Respecto á la cuestión de Irlanda, ha declarado que los conservadores considerarían la integridad del imperio como la cuestión política de más importancia, aconsejando á todos que procuren estrechar el lazo de unión que existe entre las colonias y la metrópoli, á fin de aumentar la fuerza efectiva de la nación británica en las decisiones de todas las potencias.

Duda lord Salisbury que pueda hallarse una solución satisfactoria de la cuestión de Irlanda en la federación. Defendió la política del gobierno al no querer admitir de nuevo el *crimes Act* (ley penal) aplicable únicamente en Irlanda. Se ha declarado también favorable á la ley que tiende á proteger los intereses de la propiedad territorial, y por último, terminó declarando el empeño irrevocable que los conservadores tienen en mantener la unión entre la Iglesia y el Estado.

Il Diritto y *La Gazzeta de Italia* dan la voz de alarma á su gobierno en la cuestión monetaria, y le aconsejan adopte medidas análogas á las tomadas por Francia contra la plata española.

La depreciación que este metal tiene en la vecina República, una vez amonedado en España, debía haber decidido ya á nuestro gobierno á suspender la acuñación de plata, que fomentó solamente por la utilidad que al Tesoro produce, sin ver que el ingreso que obtiene el Erario es insignificante, al lado de los males que ocasiona al comercio y al lado del descrédito que hace caer sobre el país.

Si la acuñación de plata solventase las deudas del Estado, y fuese tan necesarias como suponen algunos periódicos ministeriales para la buena liquidación de presupuestos, sería dispensable el decidido empeño del Sr. Cos-Gayón en monedar plata, porque produciría bienes tangibles; más como á pesar de la tenacidad del mismo ministro de Hacienda, la deuda flotante crece y el déficit aumenta, claro es que ningún problema interesante á la nación, viene á resolver la excesiva acuñación de plata.

Interin no se amonede oro y se suspende la acuñación de plata ó se eleve la ley de ésta, las peticiones de *Il Diritto* y *La Gazzeta d'Italia*, se verán con frecuencia reproducidas en la prensa extranjera con menoscabo de nuestro crédito y mengua de nuestro nombre.

Las Cámaras austriacas han inaugurado la nueva legislatura.

El régimen de la conciliación, á la cual ha unido el conde Taaffe gloriosamente su nombre, ha triunfado en las últimas elecciones generales. La mayoría nacionalista y federalista de las derechas, ha vivido con los sufragios populares, dispuesta á respetar la disciplina y á cumplir los compromisos que hacen vivir á las coaliciones, libre ya de los elementos de discordia que hubieran podido amenazar gravemente su unidad cuando tocaba á su término la última legislatura.

Frente á ese partido, que comprende las fuerzas vivas de tantas razas, desde antiguo perjudicadas por el yugo uniforme del germanismo y de la burocracia, la oposición de las izquierdas alemanas volvía á los bancos del Reichsrath, debilitado numéricamente por ciertos fracasos y moralmente por ciertas discusiones intestinas, dividido, incapaz, según su propia confesión, de sacar eventualmente de su seno los elementos de un gobierno digno de suceder al del conde Taaffe. Aún antes de que se abriese la sesión, los miembros refractarios de lo que antes había sido la unión de la derecha alemana, habían aprovechado la ocasión de provocar un cisma en los filas del partido. Lo cierto es que una cuestión de nombre que oculta una diferencia más profunda con motivo del programa y de la línea de conducta general del partido, ha bastado para romper los cuadros de la oposición.

Mientras que en grupo reclutado princi-

palmente entre los ultras de la Bohemia, y á cuya habeza se ha visto con sorpresa colocarse á nno de los diputados de la antigua villa de Viena, gravita cada vez más en la órbita de la gran Alemania y hasta se niega á calificar su germanismo de exuberante é intolerante, añadiéndole además una dosis homeopática de patriotismo austriaco; la plana mayor de la minoría, guiada por los veteranos del parlamentarismo, persigue sin descanso, por deber más que con esperanza de éxito, una lucha en que cada escaramuza ha sido una derrota para la causa del *Deutschum*.

A pesar de estas circunstancias, á todas luces desfavorables, ha sido preciso batirse con la minoría desde el principio. La Bohemia ó las dos razas checa y alemana, se encuentran frente á frente en un terreno bastante mezquino, donde las pasiones nacionales se hallan vivamente exaltadas. La Bohemia ha sido en estas últimas semanas teatro de conflictos que en varias ocasiones han llegado hasta el extremo de convertirse en motines, donde se ha derramado sangre. Por ambas partes los oradores han intentado arrojar mutuamente la responsabilidad de estos tristes desórdenes. Varias interpelaciones dirigidas al gobierno por los presidentes de las dos fracciones nuevas de la izquierda, Sres. Piener y Herisberg, handado más bien á los partidos la ocasión de recriminar y al ministerio la de explicarse sobre incidentes que no le conciernen en su calidad de guardian del orden y de la seguridad pública.

Y con este motivo se ha visto resucitar el deseo acariciado por ciertos representantes del germanismo en Behemia, que no pudiendo ya extender la dominación de su raza sobre todo el país de la Corona de San Wenceslao, reclaman á grandes gritos la constitución de dos provincias, distintas por consideraciones emográficas más que geográficas, y en cada una de ellas una de las nacionalidades, sería la dueña, en detrimento de su rival. Hasta ahora este proyecto no ha encontrado sino una protección tibia en los *leaders* de la izquierda alemana unida. Estos hombres políticos respondían, no sin alguna lógica, que habiéndose formado su partido para mantener el carácter unitario y la idea fundamental del Estado austriaco el prestarse á la introducción de un dualismo subordinado en la Bohemia, sería destruir las bases é inferir un ataque mortal á sus principios.

¿Con qué derecho los alemanes que habrían reclamado, allí donde se hallaban en minoría, este reparto ó más bien este desmembramiento, rehusarían un tratamiento igual á los poloneses en Galicia, á los slavs en todas las provincias donde se hallan diseminados? Y luego, ¿cómo sortear las dificultades prácticas de una operación que no es sencilla sino sobre el papel? ¿Cómo distinguir entre tanto elemento mixto el enlace infinito de las nacionalidades, encajonándose, por decirlo así, una en otra?

En suma; cien razones importantes han bastado á los jefes del germanismo austriaco para rechazar una solución sugerida á algunos de sus hermanos de armas por una especie de desesperación. No deja de ser por eso un síntoma bien significativo é interesante el ver una fracción casi mínima del partido que tiene por razón de vida única la defensa de la unidad del Estado y la lucha contra las reivindicaciones federalistas de las nacionalidades, infligirse semejante mentís y reclamar la ruptura de la unidad histórica de una dependencia de la Corona y el establecimiento de una especie de federalismo, ostensiblemente en provecho suyo. El ministerio Tanffe ha creído ver en esta contradicción flagrante un gaje de su momentáneo éxito. En efecto, no es imposible que la obra de la conciliación de las razas se facilite y apresure, si una porción del elemento germánico, renunciando á las operaciones retrospectivas y á la restitución de una hegemonía muerta con el régimen burocrático, que sólo la hacía posible, acepte sinceramente el principio del *suum cuique*, preste su apoyo desinteresadamente á la organización en el interior de

la Cislet Thanni de un federalismo á la vez firme y flexible, y se contente, en lugar de guiar con una varita de hierro, en nombre de la superioridad alemana y de su cultura, las múltiples razas del imperio, gobernarse por sí y garantizar sus intereses esenciales de lengua y nacionalidad.

Los debates del mensaje permiten en un país constitucional y monárquico, con representación nacional, el dilucidar estas cuestiones de orden general y superior antes de empeñarse en la discusión circunstanciada y práctica de las cuestiones de aplicación. Los proyectos presentados por los Sres. Zeitkammer y Suez, en nombre de la minoría, proporcionan excelente terreno á estos grandes debates, que son como los torneos del parlamentarismo moderno.

**

El príncipe Alberto de Prusia, ha aceptado la regencia que le han ofrecido en nombre del ducado de Brunswick, el ministro de Estado de Goertz Wrisberg y los delegados de la Dieta. La casa de los Güelfos ha perdido en Alemania el último despojo de las posesiones que le habia dado importancia tan eminente en el imperio, en la época en que los Hohenzollern no habían salido de su oscuridad.

El representante de la casa de Hannover, es decir, de la estirpe regia que consintió, á principios del siglo XVIII, en despojar á los Estuardos de su herencia y recibir la corona de Inglaterra de la voluntad nacional, quiere violar el principio de la legitimidad.

La proclamación de Jorge I fué la inauguración en el derecho monárquico del principio revolucionario del cual es hoy víctima el duque de Cumberland.

Constituye esto una nueva victoria para Prusia, que siempre que ha tenido ocasión, ha sabido hollar el principio de la legitimidad y del derecho divino, por más que lo adopte como base de su propia monarquía.

Todo el consuelo queda al desterrado Gmunden, es saber, conforme se lo ha probado una exposición seguida de diez y ocho mil firmas que le ha sido remitida por el clup-güelfo; que ni en Hannover ni en Brunswick, dejan de tener sus derechos fieles partidarios.

RAGUER.

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

CAPÍTULO VII

Política de los pontífices en Roma y la opinión de Salvagni.—La Plaza Navone de Roma.—Los edictos de muerte.—Costumbres monacales.—En San Pedro de Roma.—Recuerdos.

VI

Aparte de estedetalle, que no es para olvidar, el interior del templo es de lo más suntuoso que se puede contar, contrastando tanta grandeza con la *humildad* evangélica que predicó Jesús. Desde el año 306, en tiempos de Constantino el Magno, se comenzó á levantar una basilica sobre la tumba de San Anacleto, en el campo del Vaticano; y este templo que, según la tradición, recuerda el martirio de San Pedro, ha dado origen al actual que ha sido terminado por Pio IX. Puede decirse muy bien que 15 siglos han trascurrido durante la construcción de esta basilica, en cuya obra en más ó en menos, todos los Pontífices tomaron gran parte. Las dimensiones de su nave principal, desde el andén á la cátedra, es de 830 palmos, por una altura de 286. El San Pablo de Londres mide 710 palmos de largo y la catedral de Milán 589.

La catedral de Córdoba construida por Abderraman y su hijo Hixem, forma un cuadrilongo de 189 varas inglesas de largo, por 134 de ancho; tiene 15 naves de 9 varas inglesas de elevación, sostenidas por 850 columnas. La superficie total cuadrada es de 25,320 varas inglesas cua-

dradas: quitado el atrio, que tiene 134 varas de ancho por 84 de profundidad, quedan todavía, para el templo 16,750 varas cuadradas, espacio mayor que el Vaticano, puesto que éste sólo tiene 13.500 varas cuadradas. Se debe advertir que en el centro de este espacio se han construido sacristias y alguna otra dependencia que pueden llevar de cuatro á cinco mil varas cuadradas; quedan por consiguiente, para servicio de los fieles de once á doce mil varas cuadradas.

La catedral de Sevilla mide 9.350 varas inglesas cuadradas. La catedral de Toledo, 7.650. La de Burgos, 5.700 y la de León 5.225.

Véase, pues, que la catedral de Sevilla es de mayor capacidad que la de Milán, y la de Toledo mayor que la de San Pablo de Londres. La de Burgos es mayor que la de Santa Sofia de Constantinopla, y la de León mayor que la de Nuestra Señora de París.

Pero como templo verdaderamente á la cabeza de todos va el de San Pedro de Roma, que puede contener 45.000 personas. El Duomo de Milán es capaz para 37.000; San Pablo de Roma para 32.000; la catedral de Colonia 30.000. Vienen después la iglesia de San Pablo de Londres y la de S. Petronio en Bolonia que tienen cabida para 25.000 personas cada una.

La Santa Sofia de Constantinopla, en poder de los turcos en calidad de mezquita, puede encerrar 23.000 personas; San Juan de Letrán en Roma 22.000; Nuestra Señora de París 21.000; la nueva catedral de Nueva-York 17.000; la catedral de Pisa y la de San Estéban de Viena 12.000; la iglesia de Santo Domingo en Bolonia 11.400; la de Nuestra Señora de Munich 11.000 y la de San Marcos de Venecia 7.000.

Pero apartándonos de estas noticias, que no pasan de ser curiosas, proseguiremos en lo que es San Pedro de Roma. Su trazado es de una cruz perfecta.

La mañana que visitamos esta basilica, iluminaban las 89 lámparas doradas la estatua de Pio VI, arrodillado á la puerta ó gruta de la antigua basilica situada en el centro de la nave mayor. Los altares de todas las capillas estaban engalanados con las lámparas y cirios de todos gustos y dimensiones. El clero de todas las parroquias de la ciudad eterna se apiñaba en el presbiterio y los prelados domésticos, los arzobispos, abades, generales y comisarios de las órdenes, precedidos de un buen número de cardenales, estaban revestidos con sus capas doradas. No era dado otra cosa, tratándose de honrar al sucesor de Jesús y por algunos considerado como primer Pontífice. Recorrimos las capillas, una por una, admirando en la Piedad el grupo de Miguel Angel y las tumbas de Leon XII y de María Cristina. En la de San Sebastián, el hermoso mosaico del Domichino y las tumbas de Inocencio XII y de la condesa Matilde. En la del Sacramento, el mosaico de Cortana y los sepulcros de Sisto IV, de Gregorio XII y de Gregorio XIV. En la Gregoriana la Virgen de la antigua basilica y los sepulcros de Gregorio XVI y de Benedicto XIV. La del crucero tiene otro mosaico del Poussin y el sepulcro de Clemente XIII. La última capilla de la derecha es la de San Miguel con la copia de un cuadro de Guido de Arenso y el sepulcro de Clemente X.

A la izquierda están las capillas de Alejandro VIII, con el bajo relieve de S. León I y de Mtila. En la de la Columna se dá á una pequeña imagen de la antigua basilica y el sepulcro de Alejandro VII. No son peores las capillas Clementina, la del Coro, la de la Presentación y la del Batisterio.

Por todas estas capillas se veían discurrir multitud de fieles, de viajeros y de peregrinos, cada cual vestidos de diverso modo, como queriendo denunciar en sus trajes la peregrinación que venían haciendo de lejanos paises, para recibir en aquel día la bendición papal y alcanzar la gracia de Dios.

Nosotros todo lo oímos, todo lo observamos: el templo, los soberbios sepulcros de los PP. Pontífices, el aspecto de aquellos diversos rostros que en lo general mostraban admiración y profundo sentimiento místico.

Pero cuando más ensimismados estábamos contemplando un precioso mosaico de grandes proporciones, nos llamó la atención un sacerdote, no; un cardenal, mejor dicho, con capa encarnada y una caña en la mano, que cruzaba por junto á nosotros, seguido de dos acolitospotadores de su enorme cola más larga que la de un regimiento de pavos reales. Le seguimos llevados de la curiosidad, hasta una capilla que está en el crucero á la izquierda, frente á la en que se celebró el Concilio Ecuménico. Allí preguntamos quién era aquel extraño señor á otro curioso que, como nosotros, había ido á la festividad del día y nos enteró de que era monseñor el penitenciario, que iba á distribuir indulgencias con la caña sobre los peregrinos que invadían en aquel día la basilica de San Pedro. Y esto de repartir indulgencias por medio de cañazos, nos hizo primero reír, después pensar.

El caso no deja de ser curioso.

Ver á un señor con peluca blanca, rizos sobre las orejas, traje encarnado, cola larga recogida en brazos de dos acólitos, y con una caña en la mano, despertaba curiosidad en algunos y la hilaridad en no pocos... Además, el aspecto de aquel buen señor infundía la risa al más serio. Tenía la nariz descomunal, la boca torcida, los ojos saltones, como la lujuria y los dientes largos, como la gula. Con afectada seriedad, aquel extraño ser distribuía bendiciones á diestro y siniestro y tenía cierto andar sospechoso, como de tímida doncella.

La misión de aquel señor sólo puede ejercerla en la capilla de las confesiones. Allí se ven doce confesonarios para los penitentes que posean diversos idiomas que el latino ó italiano y con sus letreros expresando el del confesor. Más de 600 penitentes, todos peregrinos y en su mayoría curas y religiosos de España, Portugal, Francia y Suiza, esperaban con ansiedad la vez para limpiar sus conciencias de las picardigüelas que habían hecho, allá en su aldea, debajo de la sotana y acaso, acaso en complicidad con su ama de gobierno.

Todos hablaban en voz baja, quién de lo grandioso de la basílica, quién de la carta recibida aquella mañana firmada por la sobrina, contándole las novedades del lugar. Cuando el run-run subía de punto, monseñor el penitenciario levantaba la mano derecha y llevándose el índice sobre los labios imponía silencio á la voz de: ¡Chiss!!!

Y al oír aquella sílaba prolongada, el silencio se imponía al momento y todas las bocas enmudecían como por encanto.

Mientras unos confesaban y otros hablaban en voz baja, monseñor el penitenciario andaba de un lado á otro, y de tiempo en tiempo dejaba caer la caña, que llevaba entre sus manos, sobre la cabeza ó el hombro de aquellos mortales que por este sólo hecho se consideraba poseído de la gracia divina.

Y era que la persona á quien tocaba la caña que dejaba caer monseñor el penitenciario, alcanzaba 80 días de indulgencias y en más de una ocasión 100 y aun hasta 500, según la retribución metálica que diera, porque la gracia divina, y esto es lo más sorprendente, quedaba en suspenso... hasta que el afortunado que había sido tocado por la caña aflojaba de cinco liras en adelante, así es que muchos que se mostraban indiferentes á la gracia prodigada por el cañazo, ó que no tenían para dar estas cinco liras, ó no creyendo en la gracia divina propinada por la acción de una caña, hacían una reverencia á monseñor el penitenciario y renunciaban al bien que éste les quería proporcionar... por las cinco liras se entiende.

¿No era esto curioso, lector? No te infunde risa la acción del bueno de aquel penitenciario, persiguiendo cinco liras con su caña, ni más ni menos que un pavelo de esos que recorren las calles de Madrid, en visperas de Navidad, tras un pavelo que se le escapa?...

Otro orden de cosas nos vino á la mente cuando veíamos cobrar á monseñor el penitenciario las indulgencias que repartía con su caña: que en la iglesia católica todo se vende; desde las bendiciones hasta las indulgencias; desde las bulas hasta las absoluciones.

Y bajando la cabeza salimos de aquella basílica, sin querer ver más, ni esperar á la función religiosa que iba á tener lugar para honrar al pobre pescador que siguió á Jesús generosamente en la predicación del Evangelio.

Cuando descendíamos las escaleras para marchar al hotel de Minerva, miramos hacia nuestra izquierda y con el dolor en el alma veíamos por cima de las cornisas y las estatuas de aquella plaza levantarse la regia morada de los Papas. Un cura francés que nos acompañaba, muy apasionado por el Pontificado, cuando los dos nos encontramos junto al monolito de Numenete, nos decía:

—¡Qué grandiosidad! Se adivina por esto lo que tiene de hermosa la religión cristiana!

—Según; se mire, señor; le respondimos. Y él allá, en sus elucubraciones fantásticas, pensando tal vez en la tradición y la historia que recordaban aquellos estatuas, proseguía hablándonos así:

—Señor, si los que tanto hablan de democracia buscaran la verdadera, no blasfemarían, ciertamente de la Iglesia católica, fundada por Nuestro Señor Jesucristo, que apareció á los ojos del mundo como un pobre artesano y predicada por doce pobres pescadores que se han encumbrado en la Iglesia á grande altura y algunos hasta el Supremo Pontificado. San Dionisio Greco, Juan XVIII, Dámaso y Benedicto II, Celestino, Alejandro, Nicolás y Sixto V, Juan y Benedicto XXII, Bonifacio y Adriano VI, Sixto, Urbano y Nicolás IV, Bonifacio VII, como S. Pio y otros tantos soberanos de la Iglesia, todos han salido de lo más humilde clase social, des del servicio doméstico, hasta de la choza del ganadero y del leñador. ¿Qué mejor democracia que ésta en que busca á su jefe en las últimas capas sociales, para humillar la soberbia, destruir al poderoso y protestar contra todo linaje de privilegio aristocrático?...

Aquí el bueno de nuestro padre capellán hizo una pausa, que aprovechándola nosotros pudimos replicarle:

—Algunos podían añadirse á la lista que usted enumera, pues sobre todo deben nombrarse dos, más pobres y humildes que todos estos Pontífices. Al primero de los que V. hace Papas San Pedro, pobre y miserable pescador.

Y aquel á quien los Papas representan, el Salvador del mundo, Redentor de los hombres nacido de la humilde esposa de un pobre carpintero; Jesucristo que nacido en un misero establo, no tuvo jamás donde reclinar su cabeza. ¡Qué grandes son estos dos! ¡Qué notables por sus ejemplos! Pero si viniesen hoy estos ¿reconocerían en San Pedro á su Iglesia? ¿No se avergonzarían de ver este palacio, llamado el Vaticano, esta basílica para San Pedro y estos Pontífices vendiendo sus bendiciones, como los penitenciaros las indulgencias que prodigan con una caña?

El cura, nuestro amigo, abrió los ojos para querernos contestar, pero pensó un poco, bajó la cabeza y abriendo la *Guía de Roma* que llevaba entre sus manos, nos replicó:

—¿Vamos á la basílica de San Pablo?

—No, amigo mio,—le replicamos;—V., irá á visitar más templos; yo me voy á dar un paseo á las orillas del Tiber para hacer meditaciones sobre la influencia que ejerce en la humanidad un monseñor penitenciario, repartiendo indulgencias

á cinco liras, por medio de una caña de cuatro metros de larga.

La Iglesia católica, desde el siglo VI siempre ha sido así: una negación constante de la obra de Jesús; un centro de altas inmoralidades cuyo fin principal se cifra en la explotación de los fanáticos y de los ignorantes. Exigiendo el rescate al pueblo católico, la Iglesia le vende el bautismo el día que nace; vende al pecado la inútil indulgencia; vende á los amantes el derecho de casarse; vende á los moribundos el derecho de agonizar; vende á los difuntos la misa funeral; vende á sus parientes el oficio aniversario; y vende oraciones, misas, comuniones, rosarios, cruces y bendiciones. Nada es sagrado para los Papas; todo es mercancía y no se puede dar un paso en la Iglesia sin pagar por entrar, sin pagar por sentarse, sin pagar para orar. El altar es una mesa para contar dinero. El Papado del universo es el gran usurero. Jesús hizo su Iglesia mansión de oraciones y el Papado la ha convertido en guarida de torpes mercaderes.

Para gozar de sus inmunidades la Iglesia no sale de sus eternas tiranías y de sus negociaciones, eternas también. El Papa es el que monta la guardia en la puerta de la ortodoxia: él, el que ha encontrado para la verdad esos dos cables: la ignorancia y el error; él, el que ha prohibido al genio y á la ciencia ir más allá del misal; y él, el que quiere aprisionar el pensamiento dentro del dogma.

Cuantos pasos ha dado la inteligencia europea, los ha dado á pesar de ese partido: su historia está escrita en la historia del progreso humano, pero escrita al revés.

El se ha opuesto á todo.

El es el que ha hecho azotar á Príneli por haber dicho que no caerían las estrellas.

El que ha aplicado siete veces el tormento á Campanella por haber afirmado que el número de los mundos era infinito, entreviendo el secreto de la Creación.

El que ha perseguido á Hervey por haber probado que circulaba la sangre.

Con el testimonio de Josué prendió á Galileo; con el de San Pablo, aprisionó á Colón. Descubrir la ley del cielo era una impiedad; encontrar un mundo, una heregía.

El fué el que anatematizó á Pascal en nombre de la religión; á Montaigne en nombre de la moral, y á Moliere en el de la religión y la moral.

El ha maldecido el Progreso y ha excomulgado la electricidad y el ferro-carril que son las dos conquistas más grandes de los tiempos modernos.

Pero, ¿que más? El ha puesto la mano sobre el obra de Dios.

Hay un libro que desde la primera letra hasta la última es una inspiración superior; un libro que es para el universo lo que Korán para el islamismo; lo que los Vedas para la India; un libro que contiene toda la sabiduría humana iluminada por la sabiduría divina; un libro al cual la sabiduría de los pueblos ha llamado Sagrada Biblia. Pues bien, la censura de los Papas ha llegado hasta este libro. ¡Cosa inaudita! ¡Cómo deben admirarse los sabios! ¡Cómo deben espantarse los corazones sencillos al ver el índice de Roma sobre el libro de Dios!

Y con todo, no faltan hombres que vean en el Papado el germen de todo bien; cuando bastará examinar la historia de su dominio en Roma y de su preponderancia en el mundo cristiano, para comprender que su institución es una eterna negación de la doctrina que fundó Jesús y predicaron por el mundo sus apóstoles.

Tres fases distintas presenta la Iglesia desde su origen hasta nuestros días. Repasando la historia, á través de las vicisitudes por que ha pasado desde los comienzos del cristianismo, hasta el siglo XVI en que surgió la reforma, se la ve en su primera época consagrada á la doctrina de Jesús y sucesivos caracteres de su Iglesia, y la

segunda á exponer sumariamente la historia de las luchas sostenidas por el cristianismo, con las herejías de todos los siglos.

En un principio vemos en apogeo á los tiempos de la Iglesia democrática con sus obispos, sus asambleas y sus concilios provinciales que sirvieron de prólogo á los concilios ecuménicos; luego á la creación de los patriarcados de Roma, Alejandría, Antioquía y Constantinopla que representa por sus jerarquías á la Iglesia aristocrática; y, por último, á la Iglesia monárquica que tiene su personificación en la gran figura histórica del pontífice Gregorio VII, en el siglo XI, hombre de extraordinario talento y energía que logró proclamarse papa y rey apoyado en las falsas Decretales de Isidoro Mercator y en la donación de Constantino, y cuyo ideal supremo consistió en «someter el mundo al clero y el clero al papado.» Esta organización de la Iglesia cristiana ha llegado hasta nosotros y fué la que Lutero combatió con un encarnizamiento, hijo más bien de su temperamento que de su soberbia exaltada por la contradicción intolerante y la rivalidad de sus convicciones.

En el capítulo próximo verá el lector cómo la Iglesia luchó por resistir con su tradición y su pasado hasta nuestros días.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

EL SERVICIO MILITAR

El deber que todo ciudadano tiene de defender la honra é integridad de la patria y de mantener el orden interior, principio reconocido por todas las razas, en todas las edades y consignado en las leyes fundamentales de todos los Estados, principio sin el que no se concibe la existencia de aquella, es la fuente de donde emana la obligación del servicio militar; como que éste no es más que la consagración en la práctica de aquel sublime deber.

Parece, sin embargo, á primera vista que mientras las circunstancias no lo reclamen no existe la necesidad de prestar el servicio militar; así sucede en los pueblos no civilizados en que no aparecen los ejércitos permanentes, pero esto es una razón más en su favor toda vez que, si así sucede es porque todos se hallan aptos para prestarlos, porque todos forman el ejército; y si examinamos la historia de los todos pueblos desde el antiguo al moderno, desde el bárbaro al civilizado, en todos reconocemos como una de las más sagradas obligaciones, la del servicio militar.

Todas las objeciones que se hagan contra su existencia pueden refutarse de distintos modos y cualquiera que sea el terreno donde se planteen, más sin salirnos del punto de vista en que colocamos la cuestión, es evidente que aquel deber no consiste sólo en la sencilla defensa de los intereses patrios, sino más bien en el vencimiento del enemigo ó por lo menos en hacer que no se realicen sus planes, es decir, que la defensa no debe ser pasiva, sino activa, enérgica á fin de sacar el mayor partido en beneficio de aquellos; es pues, indispensable la instrucción militar para todos es decir, el servicio militar que no reconoce más causa en la paz que aquella necesidad que cada día se impone más en los pueblos: queda demostrada la razón del servicio militar ¿pero debe ser obligatorio?

Afirmamos desde luego que sí, toda vez que siendo igual el deber para todos como hijos que, sin distinción, son de la misma madre patria, debe ser cumplido por todos; así, por otra parte, lo consigna el art. 1.º de nuestra ley para el reclutamiento del ejército; ahora bien, ¿quiere decir esto que todos los ciudadanos, dentro de la edad que aquella determina, deban ingresar en el ejército para prestar el servicio?

De ninguna manera, excepto en circunstancias anormales, porque no lo permitirían la manera de ser y las necesidades de las sociedades modernas.

En los antiguos pueblos en que ni el comercio, industria, agricultura, artes, letras, ciencias y demás ramos de la actividad humana se hallaban desarrollados, podía ingresar toda la población útil en el ejército, y constituirse aquellos Estados cuya única misión era la guerra; así sucede actualmente en los pueblos salvajes, cuyas necesidades son bien escasas y á éstas atiende largamente la naturaleza: las naciones modernas, necesitan también del poder militar si nan de cumplir con tranquilidad la misión que todas realizan en la vida de la humanidad, por aquello de que para ser respetados hay que ser temidos; más no pueden contentarse con este solo elemento, máxime cuando éste depende de la prosperidad de los antes citados; han de procurar contar con los demás y por consiguiente el servicio militar no puede absorber todas ni la mayor parte de las fuerzas del país, porque de otro modo sus elementos vitales cederían irremisiblemente, y esta decadencia se comunicaría al ejército que se nutre de las mismas, por otra parte, si por atender á éstos descuidamos el elemento milicia, seríamos todo lo que quiera que fuésemos, pero estaríamos á merced de las ambiciones de los poderosos, y arrastraríamos una vida llena de sobresaltos y terrores.

Tan fatal á la nación sería dedicar sus fuerzas al crecimiento del poder militar con detrimento de los demás elementos, como el de éstos en perjuicio de aquel: en esto como en todo, el justo medio es lo que se necesita á fin de que se restablezca un equilibrio constante entre ellos; este es el modo de que el poder y grandeza de una nación no sean efímeros.

¿Entonces, qué es en la práctica el servicio militar obligatorio? A nuestro humilde juicio, independientemente de la fuerza militar permanente, no es otra cosa que la instrucción militar obligatoria para todos los que con arreglo á las prescripciones de las leyes alcanzan aquella obligación; la enseñanza, por lo menos, de los rudimentos indispensables para poder cumplir honrosa y ventajosamente la sagrada misión que la patria les confía el día del peligro: el ejército activo no debe considerarse ni es más que el núcleo, ó mejor dicho, el cáneva de las fuerzas militares que deberá rellenarse cuando suene la hora del cumplimiento del deber.

Que esta instrucción es necesaria no necesita demostración; basta estudiar el arte militar que para sus fines cuenta en primer término con la instrucción de las tropas; basta examinar la manera de ser de un ejército y se ve que es un conjunto de inteligencias que, dentro de la esfera de cada uno, se mueven impulsados por otra superior, aplicando las fuerzas materiales á la realización del mismo objeto; á poco que se examinen las causas de la preponderancia de los ejércitos, se reconocerá como la más principal la instrucción y así sucede en la floreciente Alemania en que uno de los signos exteriores que revelan el brillante estado de su ejército, es el cuartel, que allí representa la escuela de instrucción para la defensa y seguridad de la patria.

Admitido se halla entre nosotros tal necesidad y consignado se halla en las leyes, pero desgraciadamente no se lleva á efecto; lamentable abandono cuya causa y remedio trataremos de averiguar; ante todo ¿es quizás el origen la imposibilidad de llevar á la práctica el principio de la instrucción militar obligatoria?

Creemos que no, toda vez que otras naciones lo realizan sin dificultades, ó por lo menos si se presentan saber salvarlas; no hace muchos años, atravesando la nación un período lleno de dificultades cuando la guerra civil se presentaba más imponente en el Norte y cuando la insurrección se enseñoreaba de una de nuestras mejores plazas marítimas, se hizo un ensayo del servicio militar obligatorio; y si éste pudo realizarse en época tan crítica, no vemos la razón por la cual no sea posible en tiempos normales y cuando las cosas parecen marchan por su cauce ordinario.

Otra de las causas que pudieran reconocerse es los excesivos gastos que ocasionaría la

reunión de las asambleas en los períodos de instrucción general, gastos que no pueden hacerse por la situación apurada del Tesoro; forzadamente hay que reconocer que esta dificultad es seria y quizás la causa que buscamos, más á poco que se reflexione y suponiendo que no existiera este motivo, veríamos que si es causa, sólo lo es aparente, ó mejor dicho, no es más que un efecto de aquella.

Si quisiéramos encontrarla en el carácter nacional nada conseguiríamos, porque el nuestro es por sí belicoso y aficionado á las cosas militares, en alto grado y cumpliría con más gusto que otros pueblos la obligación de instruirse militarmente; ejemplo demostrativo de esto se encuentra en la facilidad con que se planteó la milicia nacional en pasadas épocas.

No queda otra causa que la organización y de expreso la hemos reservado para la última, porque á nuestro entender aquí se encuentra la dificultad para que el servicio militar obligatorio sea una verdad: en efecto, en nuestro organismo militar vemos la división de zonas para el reclutamiento, pero vemos también que los cuerpos que en ellas se nutren se hallan considerablemente separados; en la ley que se sienta el principio de la obligación militar para todos, se establece también el principio de la redención á metálico; otros defectos capitales podríamos ir citando pero los dejamos para más adelante á fin de no tenerlos que repetir. Parece á primera vista que los señalados no tengan tanta influencia en la instrucción militar como pretendemos darlos y sin embargo no exageramos nada.

Supongamos, en efecto, que se tratan de reunir las asambleas y dando también por supuesto que esto se verifica, preguntamos: ¿Qué equipo ha de darse á los asambleístas? ¿qué armamento? ¿qué campos de instrucción y de tiro? ¿En qué cuarteles han de alojarse? Y no hay que pensar en prescindir de estos elementos porque sin ellos no será nunca posible la instrucción, no sólo para las reservas sino para el ejército activo y sin instrucción no hay verdadero ejército, porque no puede llamarse así al conjunto de masas á las que se les entrega un armamento por primera vez; ¿cual sería el resultado si hubiéramos de sostener una campaña seria? La reproducción de la campaña de Polonia en 1831, en que la mala organización é ignorancia de los polacos, fué el verdadero agente de las victorias de los rusos.

En nuestra historia militar moderna y no sabemos si en la antigua, por no habernos detenido á examinarlo, se puede ver con las reformas un fenómeno común á todas ellas y es el siguiente: reconocemos la bondad de un principio, lo aceptamos y se lleva á la práctica, más luego parece que se hace todo lo posible por impedir su desarrollo y de aquí que sus resultados sean contraproducentes; así ha sucedido con el principio del servicio militar obligatorio que se ha desarrollado en una organización propia del servicio restringido; así también, en el reclutamiento por zonas con la redención á metálico, dando por resultado que algunos cuerpos, no pudiendo extraer el contingente anual, han retenido en filas los reemplazos anteriores, creándose así en aquéllos una situación anormal y desigual, que ha tenido que remediarse haciendo una nivelación entre los cuerpos por reemplazos, rompiendo, por consiguiente, el reclutamiento por zonas; y esta dificultad, una vez salvada, volverá á reproducirse en un plazo no lejano, de seguir el sistema: lo mismo podríamos observar si se trata de la instrucción de los oficiales, porque en efecto, nada más anómalo que las actuales conferencias militares donde se enseña topografía y fortificación á oficiales que, triste es decirlo, pero hay que reconocerlo, no tienen la menor idea de los elementos de las ciencias exactas; nada más opuesto al prestigio de los oficiales que las academias regimentales, donde sólo se enseña lo más rudimentario del deber, como si el empleo que poseen no fuese título más que suficiente para acreditar su aptitud, como si no tuviesen valor real las notas estampadas en sus hojas de servicios. Las ideas y los principios, como todo lo que tiene vida

real ó subjetiva, necesitan medios propios y adecuados á su manera de ser si se quiere que produzcan los resultados que son de esperar: así es que, nada extraños, antes bien justificados, aparecen los obtenidos en la práctica con principios que en la teoría los prometían abundantes; semilla que plantamos en terreno impropio, es natural que no germine: esto es en definitiva lo que sucede con el servicio militar obligatorio.

Las reformas que necesita la organización para que la instrucción militar se generalice siempre han tropezado con la necesidad de los gastos y la falta de recursos; mientras nos agobie esta idea y no sepamos prescindir de ella como de los intereses políticos y de la localidad, á los que desgraciadamente entre nosotros se subordinan los intereses del ejército, todas las que se realicen serán paliativos y el ejército no logrará llegar á la altura debida, mas que pugne por alcanzarla; á esto no se llegará más que cuando el principio que informe todas las innovaciones sea el bien del servicio y del ejército, sin preocuparnos para nada de todo lo que es inferior á este fin general.

Dos son las bases necesarias é imprescindibles para el planteamiento y desarrollo de la instrucción militar general y obligatoria, pues aunque podrían citarse otras, son secundarias y como complemento de las que vamos á exponer.

1.^a Una división regional, bien entendida, para el reclutamiento del ejército, con un sistema de guarniciones fijas dentro de cada región, es decir, que los cuerpos presenten sus servicios dentro de la región de que se nutren.

2.^a Supresión de la redención ó metálico y sustitución de este derecho por el servicio voluntario durante un plazo limitado.

Con estas dos bases vamos á ver cuánto es posible hacer para el mayor adelanto del servicio militar, las ventajas é inconvenientes que en la práctica se presentarían para deducir la verdadera necesidad que hay de acometer estas dos reformas en la organización.

Desde luego se comprende que la primera base es una de las principales condiciones para el éxito de la instrucción y para el desarrollo del espíritu militar, pues que trae consigo el principio de la reunión permanente de las tropas en medio de sus reservas á las que puede reunir con facilidad y éstas se consideran como formando partes de los cuerpos activos interesándose en sus vicisitudes como cosa propia; nada más adecuado para la buena organización y administración de un cuerpo, que éste se considere, digámoslo así, como en su casa, la cual sabe no ha de abandonar sino en circunstancias extraordinarias; dígame si no los frecuentes cambios de guarnición que en estos últimos años han sufrido los cuerpos, cuya organización se trastorna, la instrucción se interrumpe y retarda, la administración se resiente por los gastos que le ocasiona, y, finalmente, el espíritu militar decae de un modo sensible; procuremos, ante todo, agrupar las ventajas que la primera base ha de reportar al servicio en sus diferentes manifestaciones.

Un cuerpo situado permanentemente entre sus reservas, y por tanto en la zona donde se nutre, efectúa la operación de reclutamiento con rapidez y precisión, es decir, que tendrá siempre con exactitud el efectivo que le corresponda, porque las bajas por cualquier concepto las repone sin pérdida de tiempo; asimismo, tiene á su disposición en toda la extensión de la palabra los individuos con licencia ilimitada y sus reservas, lo que, por más que se diga, no sucede en la actualidad; basta ver las dificultades que se originan para reponer las bajas en el trascurso del año ó para lograr la incorporación de un individuo con licencia. Si llega el caso de movilizarse, es decir, pasar del efectivo de paz al de guerra, las ventajas son mucho mayores porque, en efecto, el completo de hombres y material se hace en breve tiempo y la marcha al teatro de operaciones se ejecuta con facilidad por las líneas férreas que no han de atender más que á este servicio: si en la actualidad se tratase de una movilización; vea-

mos qué sucedería: la incorporación á los cuerpos de los hombres se haría con lentitud por la distancia á que se encuentran de aquéllos cuya residencia ha podido variar ignorándolo los individuos; el viaje de éstos, que tendría que efectuarse por las vías férreas para mayor rapidez, consumiría por completo el material de ellas y una vez efectuada la incorporación tendría que organizarse éste para poder transportar los cuerpos al teatro de la guerra: es decir, que la movilización á más de lenta sería desordenada é incompleta y se perdería una de las mayores ventajas de los ferrocarriles en el arte militar, la rapidez de comunicación.

En el mismo caso de movilización, una de las principales condiciones para que se efectúe con prontitud y regularidad, es la existencia de almacenes de reserva, y esto es incompatible con el sistema actual en que el almacén de repuesto para las fuerzas activas lucha con graves dificultades por ser un impedimento para las marchas del cuerpo: llegado como decimos el momento de la movilización, ¿qué equipo ha de darse á los nuevos contingentes? sucederá lo que en la pasada guerra, había que acudir al sistema de las contratas que tan funestos resultados ha dado siempre y más en las épocas críticas en que sólo se atiende á la necesidad urgente de enviar refuerzos: con los cuerpos situados entre sus reservas se salvan estos gravísimos inconvenientes, porque entonces podrían tenerse los almacenes de los cuerpos de depósito y reserva, de donde podrían extraer sus correspondientes cuerpos activos á fin de que en tiempo de paz no sufrieran deterioro por el largo tiempo de almacenaje: además, éstos tendrían sus edificios fijos y podrían ponerse, por consiguiente, en mejores condiciones que los que tienen actualmente los cuerpos, locales separados y alquilados donde cualquier reforma que se introdujera, además de los gastos, sería infructuosa con un cambio de guarnición, así es que ante este temor, verdaderamente fundado, los cuerpos tienen que limitarse á lo indispensable: lo mismo puede decirse de los cuarteles en la actualidad descuidados y en malas condiciones para la vida é higiene del soldado, porque sólo el cuerpo que sabe ha de disfrutar de las comodidades que introduzca en su cuartel, puede organizar éste con el cuidado necesario; así es que los cuerpos sólo tratan de conservar el edificio en el mismo estado que lo recibió, porque no quieren que otro cuerpo reciba el beneficio de sus dispendios.

Con la base que nos ocupa también ganaría la organización por hacerse más sencillo y expedito su mecanismo; en efecto, localizados los cuerpos activos con los correspondientes de depósito y reserva, formarían una unidad que, bajo la inspección del jefe, que llamaremos de zona, marcharía por una misma línea general; las relaciones entre uno y otro se estrecharían y, habiendo comunidad de intereses, porque todos se considerarían como partes de un mismo cuerpo, el servicio ganaría por la unidad de miras que forzosamente había de establecerse; con la actual organización nada de esto se consigue, siendo infructuosos cuantos esfuerzos pudieran hacerse para lograrlo.

Bajo el punto de vista de la instrucción también se obtendrían ventajas muy importantes; conociendo los oficiales el carácter de la población, podrán desde luego saber los defectos y cualidades de los reclutas y elegir, por tanto, el método de instrucción que más les conviene aplicar; ésta les será también más fácil porque conocerán los dialectos del país y sabrán hacerse entender con claridad por ellos, lo que por otra parte aceleraría la instrucción, que dado el corto tiempo de servicio, es muy necesario. Considerando las poblaciones como cosa propia la guarnición, seguramente facilitará campo de instrucción y de tiro, de que estamos muy escasos, y aun el mismo cuerpo los pondría en condiciones para obtener los mayores resultados, porque todos sus trabajos vendrían en beneficio de los intereses del mismo: en una palabra, los cuerpos podrían dedicarse seriamente á la instrucción, adoptar los procedimientos más convenientes

y racionales, y recoger el fruto de ese trabajo en el presente y en el porvenir.

Las asambleas ó períodos de instrucción anuales para las fuerzas en reservas, sería un hecho porque desaparecerían los grandes gastos que la actualidad originaría su realización y, por consiguiente, tendríamos, para cuando las circunstancias lo exigiesen, un verdadero ejército de reserva, pronto á prestar sus servicios donde fuera necesario y que con el activo sería suficiente para hacer frente á las primeras necesidades, mientras en el interior se organizaban nuevos refuerzos; es decir, que tendríamos soldados y no hombres que es lo que sucede actualmente.

Las ventajas que la base que estudiamos reportaría al ejército en la disciplina y espíritu militar son también incontestables, como lo demuestra la experiencia en los países donde se halla establecido el reclutamiento regional con la estabilidad de las guarniciones; considerándose el cuerpo como una parte integrante de las poblaciones, formará, sin duda alguna, el núcleo ó elemento principal de la sociedad, y la malicia representará un papel importante y no el insignificante que hoy goza en las que presta sus servicios; por el cuerpo habrán pasado padres é hijos, y la tradición formará indudablemente un lazo de unión entre la población y aquel, que hará que ésta se preste gustosa á ayudarlo en todas las circunstancias y contribuya á su mayor prestigio y bienestar: prestando el servicio militar á la vista de la sociedad á que cada uno pertenece, la emulación se excitará porque todos querían cumplir como buenos sus deberes militares para no desmerecer ante los suyos el día que lo abandonen: de lo expuesto también se deduce que la repulsión que inspira el servicio militar desaparecerá, porque cesará la causa que lo produce, el abandono de los intereses y de las costumbres.

El Estado, bajo el punto de vista financiero, logrará ventajas importantes, porque se economizará el importe de los gastos de transporte que ocasiona la incorporación á los cuerpos, el licenciamiento, los cambios de situación, etc.; los enganches y reenganches serán más numerosos, aun rebajando los premios: el continuolicensing por inutilidades físicas, que en su mayor parte no reconoce por causa más que el cambio de localidad, de alimentación y de clima, en atención á que en la edad del ingreso en el servicio se encuentra el hombre en el período culminante del desarrollo físico, tales causas producen debilidades orgánicas en los individuos, de funestos resultados, como lo prueban las estadísticas de los hospitales, disminuiría considerablemente: el soldado también es un agente productivo, como lo demuestran las modernas poblaciones del Norte, que todo lo deben á sus numerosas guarniciones y, por consiguiente, en los puntos donde las guarniciones son eventuales y sólo responden á exigencias ajenas por completo al servicio militar, procuran sacar el mayor partido posible y las necesidades de la vida encarecen, con lo que la alimentación del soldado, sobre cara, tiene que ser mala; inconveniente que también desaparecería.

Cuanto más fuéramos profundizando los detalles, más palpables se harían las conveniencias que al servicio reportaría el reclutamiento regional con las guarniciones fijas; pero con lo dicho quedan demostradas en conjunto las ventajas que se obtendrían, y hacemos punto final para entrar desde luego en el examen de la segunda base.

Ya hemos hecho notar las perturbaciones que en la organización produce la redención á metálico, por la diferencia que la riqueza de cada zona introduce en el contingente anual que han de recibir los cuerpos; y en efecto, una comarca rica é industrial ha de redimir más número que los demás, porque el hombre, produciendo más en aquella, se halla más en disposición de hacer un dispendio que le será reproductivo; ¿qué beneficios produce al servicio la redención á metálico? Ninguno, como no sea atender al pago de los premios de enganches y reenganches y como estos son tan es-

casos, tampoco debe tenerse en cuenta si se mira el perjuicio que ocasiona, quitando al ejército un contingente ilustrado y haciendo del servicio militar una obligación temida, por cuanto sólo la soporta el pobre; ¿cuál es el objeto de la redención? No perjudicar la ilustración del país llamando al servicio la juventud que curse sus estudios; si así fuese, menos mal; pero ya se sabe que no es condición precisa cursar una carrera, sino sencillamente entregar la cantidad fijada; por consecuencia, se ve la necesidad que hay de modificar dicho precepto por otro que sin perjudicar los intereses generales del país, produzca beneficios al servicio militar.

De los distintos medios con que pudiera lograrse el objeto, ninguno como el que nos ofrece la militar Alemania en la institución de los voluntarios por un año, que es el derecho análogo á nuestra redención; tal derecho consiste en que todo joven de 17 años cumplidos á 20, puede entrar en el ejército como voluntario de un año, eligiendo el arma y cuerpo donde desea servir á condición de demostrar una instrucción determinada y una conducta irreprochable, siendo de su cuenta los gastos de equipo, alojamiento y manutención.

Desde luego se observa que tal institución, en lugar de dificultar la ilustración de la juventud la estimulará con tal concesión, pues todo joven que siga una carrera con aprovechamiento puede cumplir sus deberes militares en la misma población en que siguen sus estudios sin que éstos sufran atraso; veamos ahora las ventajas que reportaría al ejército.

Ingresando en el servicio la mayoría de la juventud ilustrada es evidente que se formará un plantel de clases que podrá ser utilizado en tiempo de guerra, no sólo en tal concepto sino como oficiales; basta recordar los buenos resultados que dió en la pasada guerra los oficiales llamados provinciales, para comprender los que darían los procedentes del voluntariado: también tendría la ventaja esta institución de dar un lucido contingente á ciertas armas especiales que, como sanidad militar, necesitan en sus individuos una instrucción especial, pues es evidente que todos los que siguieran los estudios de medicina, farmacia, veterinaria, etc., prestarían desde luego sus servicios en tal concepto y sin gasto alguno para el Estado.

Vemos, pues, que el planteamiento de las dos bases que hemos examinado sólo ventajas reporta para el servicio, pues que si algún inconveniente pudieran presentar quedaría anulado ante dichas ventajas, veamos, pues, las dificultades que pudieran ofrecerse al llevarlas á la práctica.

El inconveniente en que desde luego se fija la atención es la carencia de cuarteles donde alojar los cuerpos; inconveniente grave, pues sabida es la influencia perniciosa que la falta de cuarteles ejerce en las tropas, y que por sí sólo imposibilita al parecer nuestro proyecto, mas si se tiene en cuenta que sólo por conveniencias del momento han facilitado locales los pueblos para el acuartelamiento, se comprenderá que para este caso también lo harán; es decir que por lo pronto los pueblos facilitarían uno ó varios locales donde alojar las fuerzas, ínterin y con ayuda del Estado se construyeran cuarteles definitivos; además, las condiciones en que hoy se hallan viviendo las tropas, hacen esto más fácil, pues realmente si no ganaban, tampoco perderían, pues sabido es que la inmensa mayoría de nuestros cuarteles son edificios antiguos y en mal estado que para todo fueron construidos menos para el objeto á que hoy se les dedica.

También pudiera objetarse que dado el carácter nacional, las guarniciones de la zona de reclutamiento perjudicarían al servicio por los infinitos compromisos que traería, los rebajados, con licencia etc.: que el voluntariado de un año no cumpliría su objeto porque éstos no prestarían el servicio más que nominalmente y otras razones análogas; más esto sería razonar bajo la base de que jefes y oficiales faltarían á su deber tolerando abusos ó que cederían ante una influencia en perjuicio del bien del servi-

cio, y esto no es posible reconocerlo porque de hacerlo habría que reconocer que el ejército no merece tal nombre, y que los males que aquejan su organización no tenían remedio, cuando precisamente contamos con la buena voluntad de la clase de oficiales y creemos que ésta, alma de los ejércitos, se halla dispuesta á todo, porque entendemos que su norma es el bien del servicio sin tolerar otros intereses que pudiesen redundar en su perjuicio.

También puede presentarse como inconveniente, quizás el más serio, la política que desgraciadamente parece ha tomado carta de naturaleza en el ejército: no queremos entrar en tal terreno porque con ser muy resbaladizo no es bajo ningún aspecto de nuestra competencia: mas si hemos de decir que satisfaciendo una de las aspiraciones mas vehementes de la oficialidad, la menor cantidad de movilidad posible, cesaría una causa de disgusto y, por tanto, si alguno llegara á faltar á sus deberes podría ser castigado con todo rigor, pues nada habría que disculbase el olvido de la sagrada misión que la patria recomienda al militar.

Examinadas ya las ventajas é inconvenientes de las reformas que á nuestro juicio deben introducirse en la organización para que el servicio militar responda á sus fines, terminando nuestro humilde trabajo encareciendo la necesidad de aquellos, teniendo como base su desarrollo las dos que hemos expuesto, pues si bien es cierto que el estado actual de la Nación y del Ejército no permiten una repentina variación radical, es necesario que paulatinamente según las circunstancias lo permitirían estableciendo las citadas reformas que sólo beneficios traerá al servicio.

JOSÉ PINEDA

SILUETAS ESPAÑOLAS

D. JERÓNIMO DE CÁNCER Y VELASCO

POETA DEL SIGLO XVII

Con desentonadas voces
y las tizonas al aire,
tomadas de orin las hojas
y de mosto los gaznates,
Rosete, el galán coplero,
y Polo, el real comediante,
á embestidas y traspieses
miden del Rollo la calle.
Polo, que tiene sus puntas
y sus ribetes de cánones,
grita, pero sin por vidas,
riñe, trascendiendo á grave.
Rosete es un solimán,
y destilando vinagre,
confirmando en Jerez seco,
no porque el agua le falte,
á votos y juramentos
hace estremecer los aires.
La luna, á fuer de cristiana,
oculta medio semblante,
que sólo la media luna
tolera blasfemias tales.
Pero en vano con encono
los torpes aceros blanden,
que las piernas dicen nones
si el corazón pide pares.
Polo grita: «¡Ah del traidor,
fullero, no has de robarme
otro escudo, por quien soy!»
y cayendo como un zaque,
por dar sobre el enemigo
dió con su cuerpo en un bache.
En dos eses, que no pudo
en derechura llegarse,
Rosete se trasegó
á aquel lodazal de carne,
y allí fuera del cantor
de Quevedo y de Cervantes,
y allí del autor dichoso
del mito de Apolo y Dafne,
si en un tercero (que no
fuera un segundo bastante),
Polo no encontrará auxilio
como llovido del aire.
Rebozado en un manteo
limpio de Universidades,

respunteado á estocadas,
cortado á estilo de sables,
en menos de un jagua val
de una ventana á la calle
saltó entre Polo y Rosete
Don Jerónimo de Cáncer:
quien, excusando los dimes
y recurriendo á los dares,
de un codazo niveló
á los ebrios contrincantes.
—«¿Quién eres? gritó Rosete,
espumando de coraje,
estudiantillo ruin,
mal nacido ¡voto á sanes!
del arroyo: ¿quién te dió
vela en este entierro?—Nadie;
y si de rondón me cuelo
sin esperar que me llamen,
es justamente evitando
que mañana me lo mandes.
Como era riña de juego
y yo gusto de estos lances,
quise haceros pié, terciando
en un tresillo de vates;
y viendo que con espada
ibas á pasar cobarde,
te obligué, y en la defensa
te dí codillo y *tu autem*.
Deja á las niñas difíciles
el acero, ¡voto al Draque!
hijo rebelde de Apolo
que contra Polo te bates.
—Pero, en fin, ¿quién eres? dijo
Polo desenlodazándose.
—Si las sombras del sentido
noche á vuestra razón hacen,
y más que las de la noche
y lo insólito del traje
os impiden conocerme,
reportaos y escucharme.
Os diré, en primer lugar,
y para no equivocarme,
al recordar apellidos
que soy hijo de mi padre.
Es mi nobleza de sietes,
que los llevo en todas partes,
en la piel y en los vestidos;
y si no de los infantes
de Lara, debo venir
de los pecados mortales.
Sietemesino nací
y en tan ilustres pañales,
que nunca en ellos faltaron
Girones... si no Guzmanes.
Comencé á estudiar las leyes;
pero aficionado á Marte,
de los libros del derecho
sólo el revés pudo entrarme.
Comprar una alferecía,
decidí, por ser más fácil;
porfié, pero ninguno
por fiado quiso darme.
A las puertas de la iglesia
llamé, pero llamé tarde,
que un contrabando en basquiña
se me cruzó por delante;
y aunque venía precinta
pagué al estado su parte,
que el cura declaró alijo;
¡Dios se lo perdone al padre!
Hortelano de conceptos
labrador de consonantes,
me dí á cultivar á censo
de Apolo las heredades.
Diz que el buen Felipe cuarto
se ríe de mis dislates;
si es de placer ó por burla,
no sé, mas sus majestades
se huelgan de mi presencia
y me dan sus manos: reales.
A las veces me sonrojo
de la lengua de mis padres,
y siguiendo el culto estilo,
sirvo en latín un potaje
que no ha menester del queso
para macarronzarse;
que hoy no es autor quien no sea
culti-latini-parlante.
De prodigar en mis versos
las perlas y los corales,
me rondan de perlesía

y gota-coral, ataques:
al verme rechoncho y lucio
dice el doctor que me estanque,
y á escudillas me despoja
de escudos el ministrante.
Las penas echo á la espalda
Y sólo pueden causarme
quebraduras de cabeza
las pedradas y los sables.
Al que me pide, le doy
cuanto tengo, y se va *in albins*,
como no quiera cargar
con mis hijos y sus madres.
Añeja deuda no pago;
las nuevas dejo añejarse,
y la conciencia no riñe
de que tome por delante
á un siglo en cuyos escudos
no se da cabida al arte.
Al regio sol me caliente;
de Luna ración me cabe,
y cuando se nubla el cielo
socorren Nieblas mis hambres;
y aun así medro tan poco,
que contemplando mi traje
me admiro de que los chicos
no den en apedrearme;
pues las llagas del vestido
se tornan tan incurables,
que pasan las entretelas
y van descubriendo al Cáncer.
Ecce homo: aquí me tenéis,
y os diré, por más señales,
que más de cuatro jornadas
y sin salir á la calle
hicimos juntos los tres
por lo de *lucrando pane*.
Si aún no me habéis conocido
con retrato tan palpable,
culpado á los torpes ojos,
que el pincel dijo bastante.
Cáncer calló; más dormidos
Polo y Rosete, no es fácil
que pudieran conocerle.
Si despierto al lector cabe
igual suerte, y es posible,
no será de ello culpable
su ingenio, sino el pincel
que no acertó á retratarle.

JOSE BRAVO Y DESTOURT.

CUMPLIENDO LAS REGLAS

I

Por estrecho sendero que bordeaba una montaña de gran base iba caminando una anciana, con el andar vacilante y fatigoso de quien carece de fuerzas y energía para mantenerse en pié.

Era aquella pobre mujer en su exterior la propia encarnación de la miseria. Lleno de andrajos el vestido y el rostro lleno de arrugas, con los ojos mortecinos, los pómulos salientes dilatada la boca y el cuerpo inclinado hacia adelante, como si tratara de volver al polvo de donde salió, parecía la figura de aquella desgraciada, como muestra entristecedora de lo que pueden llegar á destruir el tiempo y las privaciones trabajando de continuo un organismo humano.

Lentamente la infeliz vieja ascendía por la vereda. Llegó un momento en que las fuerzas le faltaron y cayó al suelo, en donde quedó inmóvil durante un breve espacio de tiempo. Pasado éste, trató de incorporarse; necesitaba auxilio; sentía frío intenso; sus fuerzas, ya nimias, estaban próximas á agotarse; pero por aquellos lugares no había pueblo ni caserío alguno. Hallábase en medio de una sierra, sin ninguna compañía y sin escuchar otro rumor que el producido por el viento al agitar las hojas ya amarillentas de los castaños que cubrían la falda de aquella montaña. Sus ojos expresaban la angustia, su voz apagada pedía en vano auxilio y protección.

De pronto vibraron en el espacio los agudos acentos de una campana. La anciana agitóse como movida por ese impulso rápido y fugaz

que produjo la alegría; hizo un supremo esfuerzo, y empezó arrastrarse hacia la cumbre. Sus manos huesosas se agarraban á la peña, sus pies oprimían el suelo buscando apoyo, y su cuerpo, como el de un reptil, rozaba ásperamente los guijos del camino. La lucha era tremenda; á veces el empuje arrancaba de su asiento una piedra, y la anciana volvía á deslizarse, perdiendo el terreno ganado en aquella muda, pero terrible batalla, sostenida contra lo casi imposible. Pasaban las horas, y la mujer ascendía. Cada palmo de tierra era ganado á costa de una lucha tremenda, más, por fin, vióse en la altura; miró hácia el fondo, lanzó un suspiro de satisfacción y quedóse inmóvil, como recobrando las fuerzas perdidas para poder llegar al punto deseado.

Desde aquella elevada cumbre percibiase el valle lleno de las sombras de la noche. El cielo, azul y diáfano, cubría aquel paisaje, impregnado de sublime tristeza. La luna, con fulgor vivo ahuyentaba la oscuridad, que, derrotada habiase quedado en los últimos términos del horizonte, y allá, en el fondo de la planicie que formaba la cima de la montaña, erguiase, altivo y majestuoso, un soberbio convento que servía de abrigo á una por entonces muy numerosa comunidad de franciscanos.

La anciana, que era muy religiosa, creyó ver en aquella casa un refugio para su cuerpo aterido y enfermo. La noche, no obstante estar serena, era sumamente fría y el ambiente helado aumentaba las angustias y el desahento de la infeliz mujer, que tras breve reposo comenzó de nuevo á arrastrarse en dirección del templo.

Recordaba ella, durante su penosa travesía, las máximas que oyerá predicar. Le venían á la memoria palabras que le hacían entender que los templos son las casas de Dios, y que en ellos impera la caridad; y ansiando tocar aquellas puertas, detrás de las cuales hallábase el socorro suficiente para evitar su muerte, notábase más vigorosa, más ágil, menos desfallecida.

Miraba con afán el sombrío edificio. Las torres de la iglesia, que la luna hería con sus macilentos rayos; el pórtico severo, cerrado á la sazón por fuerte verja de hierro; las ventanas de los claustros, que parecían por su negrura aberturas correspondientes á un lugar invadido por las tinieblas; la puerta que daba acceso al convento; todo lo escudriñaba con ansiedad, al propio tiempo que á palparlo se dirigía y hasta los gemidos que el aire arrancaba de las campanas al azotarlas, le sonaban de una manera dulce y agradable.

Y al fin llegó, Tanteó el umbral; agarróse á él; se puso en pié; buscó apoyo en los sillares, lanzando sus miradas á la inmensidad murmuró: ¡Gracias, Dios mio, por no haber permitido que la muerte me sorprendiera en medio del campo!

A un lado de la puerta veíase un cordon que comunicaba con el interior. Tiró de él la anciana y se agitó una campanilla: al poco rato de oírse sus tañidos se abrió un ventanillo que la puerta tenía, y apareció en él la cara soñolienta y mal humorada de un fraile, que por las señas debía ser el portero.

—¿Qué ocurre? exclamó.

—¡Socorro, me muero de frío; estoy enferma! contestó la mujer.

—No tengo nada que daros, dijo el lego.

—¡Abrid!

—Imposible. ¡Una mujer! ¿No sabéis que nuestras reglas prohíben terminantemente que las mujeres pisen los umbrales de los conventos de religiosos?

—¡Abrid, por caridad! ¡Necesito auxilio!

—¡Es imposible! repitió el portero motilón, cerrando el ventanillo.

—¡Jesús! exclamo la anciana; vaciló durante unos momestos, dió algunos pasos y vino pesadamente á tierra.

Cuando de nuevo miró al convento, ya no revelaban sus ojos alegría. Ya no se veían en su rostro los resplandores de la esperanza.

Las torres de la iglesia, iluminadas por la luna, parecíanle inmensos fantasmas, inmóviles en medio de la planicie. En el pórtico, ve-

lado por las sombras, creía ver la entrada á un lugar de torturas. La frabrica del convento era para ella una mole próxima á caer sobre su débil cuerpo, y el ruido que el aire hacia al pasar por las campanas sonaba en sus oídos como un ¡ay! lastimero lanzado por un ser presa de los más horribles sufrimientos.

La esperanza le prestó la energía que el desengaño le robó. Sus recuerdos, sus creencias, las memorias de los sermones escuchados, todo lo apreciaba en su legítimo valor, todo acudía en oleadas inmensas á su corazón, que, redoblando sus palpitations, intentaba saltársele del pecho para pregonar claramente la maldición que andaba bordeando los labios sin conseguir ser expresada por ellos.

Arreciaba el frío y la lucha de aquel cuerpo iba cada vez haciéndose menos ostensible. Al batallar sucedió la calma, la quietud á la agitación, inmóvil y rígido, aquel organismo fué lentamente quedándose sin vida, sin aquella vida que tanto se había defendido para no ser derrotada por la muerte.

¡Qué agonía, aquella agonía! Tener al lado seres humanos, y verse sin auxilio; saber que hay probable salvación cerca, y ver que esa salvación es negada. Tener por lecho la tierra, la soledad por compañera, el silencio por único consuelo. Volver la vista, ver la cruz y, sin embargo, no sentir las dulces caricias de la caridad sobre la frente abrasada por la fiebre. Tener sed, y no encontrar una mano amiga que humedezca los resquebrajados labios.

¡Querer vivir, y notar que los pesares y las dolencias de consuno precipitan la materia al fondo de la muerte!

¡Qué angustia tan tremenda!

Cuando el cuerpo de la anciana trecóse en carne inerte, ya empezaba la aurora á invadir el horizonte con sus resplandores. Fugitivas las sombras que en el valle pasaron la noche, marchaban en busca de otros lugares, y á favor de la luz del nuevo día comenzaban á verse dibujadas en el fondo del espacio las siluetas de las lejanas montañas. El cielo se iba aclarando, y por todo el campo se percibían esos ruidos particulares que constituyen algo así como el despertar de la naturaleza del sueño de la noche.

El toque de alba resonó en los espacios. Las puertas del monasterio se abrieron, y los frailes notaron que tendido en el campo hallábase el cadáver de una mujer.

Relató el hermano portero lo sucedido, y cómo se había negado á abrir las puertas, cumpliendo así con lo preceptuado para los religiosos.

Es natural que éstos asintieran, como asintieron, á lo hecho por su cofrade; y natural también que á ninguno le turbara el sueño el recuerdo de aquella desdichada muerte sin auxilio de ninguna clase acaecida.

Los frailes siguieron como hasta entonces disfrutando de su reposada vida, y el hermano portero desempeñando su papel con la misma escrupulosidad.

Las reglas monásticas se habían cumplido, pero la desgraciada mujer murió sin amparo,

Y el convento siguió llamándose la casa de Dios.

J. FRANCOS RODRIGUEZ.

DEFENSA DEL SEXO FEO

I

«El sexo feo estaba representado por los señores Pérez, Fernandez, Gomez, Núñez, Domínguez, Sánchez, Martínez, González, Suárez, Gálvez, Márquez, Godínez, Jiménez, López, Ibargüez, Istúriz, Arnáiz, Ordóñez, Azpiroz, Ortiz y Jerez.»

Esto leí con indignación en la revista de salones redactada por un tipo de mala muerte y con referencia á los concurrentes á cierta velada. Yo habia tenido la honra deservida, y al leer (como iba diciendo) con indignación que me llamaban *feo*, no pude contenerme y

preparando las cuartillas, lancéme á la defensa de mi sexo, suplicando el apoyo de todos los hombres de buena voluntad, con escepción de aquellos tan feos, tan feísimos que no admitan defensa.

II

«La más bella mitad del género humano (no han visto á una patrona que yo tuve) el bello sexo, el sexo seductor, el sexo lleno de encantos...»—esto y mucho más se dice hablando de las mujeres.

No me opongo á ello. La galantería lo manda y la educación ordena que demos siempre á nuestro interlocutor el mejor calificativo; pero no creo necesario que guardemos para nosotros los insultos que pasan á ser frase rutinaria, la cual á su vez conviértese en afirmación absoluta, en términos de que las mujeres ¡qué atrocidad! algún día van á convencerse de que somos sumamente feos los hombres y ellas muy bonitas.

Pero, ¡vamos á ver! ¿qué tengo ya de feo? es decir, ¿qué tenemos de feo los hombres?

En la especie humana ¿habrá colocado Dios, que tan equitativamente distribuye sus dones, la belleza en la señora y la fealdad en el varón? Ese mismo Dios que hizo al hombre antes que á la mujer y lo hizo á su divina imagen y semejanza ¿puede hacer algo feo? Las ideas no tienen sexo y la idea de la belleza encárnase por consiguiente en un tipo al cual referirse, expresión la más sublime y acabada del idealismo, ó mas claro modelo que si unas veces se llama Venus, otras se denomina Apolo.

¿Porqué no hemos de ser los hombres bonitos sin ser afeminados? ¿Quién ha dicho que los atributos de la belleza no existen en mi calumniado sexo, al cual pertenezco?

Señoras y señores. Yo conozco á muchos hombres cuya varonil velleza vale más que la femenil de muchas amigas mías.

Pero hay más todavía. ¿Cómo, así en absoluto, se atreve á llamarse bello un sexo en el cual abundan las viejas? En el sexo fuerte existen indudablemente viejos, pero en tanto que las primeras inspiran respeto, los segundos veneración. La señora Minerva lo entendió. Para simbolizar la sabiduría, la experiencia y que sé yo cuantas virtudes, se disfrazó de viejo Mentor y Telémaco me afirman en la idea de que yo no soy feo, quiero decir el sexo á que pertenezco.

Y más aun. En la creación verificose el fenómeno de que el macho es más hermoso que la hembra. Sólo el género humano se ha formado su estética aparte.

Ved la gallina. Será muy bonita, no lo niego, pero contemplad al gallo qué arrogante y hermosa cola. Recordar la pava, pero fijaros también en el hermoso pavo real. La vaca tiene un no sé qué de incorrecto en sus formas; pero mirad al furioso toro escarbando la arena en aquella actitud de embestir que forma la desesperación de los escultores.

¡Vaya con el gacetillero de mala muerte! ¿Decir que mi sexo es feo! Es fuerte, pero feo, ¿por qué?

Apolo, Antinóo, Narciso, si leyeran creo sonreirían con desdén.

III

Hastá aquí llegaba este desahogo de mi mal humor, y fin de ponerme alegre abrí al azar el tomo de poesías de Martínez Villegas.

Nunca lo hubiera abierto.

Mis miradas se fijaron en una estrofa que me hizo meditar, porque desvirtuaba todo el efecto que yo creía haber conseguido con mi articulejo. Temí que alguna maliciosa lectora creyese ver en él un embozado ataque al bellísimo sexo, cosa tan agena á mi intención como contraria á mi voluntad, y á fin de evitar el desvío de aquellas á quienes tanto amo, resolví copiar la estrofa; que dice así:

«Sol de la vida del amor destello
arrastrador imán de los placeres.
Si algo puede en el mundo haber más bello
que una sola mujer...son dos mujeres»

¿Están VV contentas?

PABLO CANTÓ

LAURA

BOCETO LITERARIO

Continuación.

Resumid la vida de la mujer, y la hallareis explicada con una sola palabra, amo: en la infancia, amó á sus padres; en la juventud, amó á su esposo; en la vejez, amó á sus hijos....

R. de Satorres

Muchos dias trascurrieron desde mi salida de Zaragoza, hasta mi entrada en Madrid, dias interminables en los que rendido de fatiga, seca sobre los cuerpos de los pobres presos las ropas que la lluvia habia calado, nos encajaban en mazmorras destinadas al efecto en los pueblos de transito, juntos los hombres con las mujeres, obligados á dormir sobre montones de asquerosa paja, sin oír los lamentos de los desgraciados, que muertos de sed, imploraban los sentimientos caritativos de los dignos carceleros que no abandonaban su puesto en la mesa donde con el alguacil, el boticario, ó secretario, sostenian su sesión de solo ó guñote. Pobres parias. Considere V. mi abatimiento, capitán; la desgraciada que me acompañaba en mi camino, amaneció muerta un dia sobre el miserable lecho de paja.

La severidad de mis conductores, me impedía hacerles preguntas de ningún género, pues estaba persuadido de no obtener contestación.

En una entrevista de la Guardia civil, creí conocer un rostro, pero guardé silencio; al hacerse cargo de mí la nueva pareja conductora, no me ataron, cosa que me extrañó sobremanera, y aún no habriamos andado medio kilómetro, cuando el encargado de ella, cogiéndome de un brazo y con voz cariñosa, me dijo:

—¿Cómo habia de creer que el sargento López fuera como va; V., el modelo de honradez del batallón, verse acusado de la manera que lo está: pero yo no puedo creerlo, ¿verdad que le calumnian á V.

—Guardia, ¿quién es V?

—El cabo Pérez, de la 4.^a del 1.^o, ¿no recuerda V. cuando lo hirieron en Monte Esquinza?

—¡Ha, sí! ¿Y qué ha sido de V.?

—Ya se lo explicaré luego, mas ahora, dígame si es cierto lo que le imputan.

—Desgraciadamente lo es.

—Imposible, sargento López.

—Cierto y muy cierto. ¿Pero quiere V. decirme qué pena impone la ordenanza á mi delito?

—El más grave de todos, es la falsificación.

—¿Qué dice V?

—Lo que oye: y por él, lo menos 12 años de presidio; por los otros también le castigarán, aunque no con tanto rigor.

—¿Pues de qué se me acusa?

—De falsificación, estafa, deserción, usurpación de derecho civil, y no sé cuantas cosas más.

—Pues y el desafío.

—Nada sé de eso.

—Sin duda se han equivocado.

—No lo creo, sargento.

Aquella nueva acusación pesaba sobre mí y desgarraba mi alma; ¿quién podria ser el infame que trataba de deshonrarme? ¿Lograria probar mi inocencia? ¿Seria injustamente condenado á extinguir una condena altamente deshonrosa? ¡Pobre de mí! Cual si el rayo hubiera pasado por mi vista, cerré los ojos y caí sin sentido en el suelo; al volver en mí estaba en un calabozo de prisiones militares: mi situación habia cambiado; una celda que tenia sobre su cerrada puerta el núm. 13, era mi habitación; su mobiliario, dos banquillos de hierro, tres tablas, un jergón y almohada de esparto y dos sábanas. En un rincón un cántaro de agua, sobre el dintel de una ventana grande, que daba frente á la puerta, una porción de frascos de cristal.

A mi lado, sentado sobre la cama ví, al abrir los ojos, un soldado joven, que con esme-

ro procuraba contener mis brazos bajo la sábana de mi cama: habia sido mi enfermero durante ocho dias. ¡Qué diferencia en las prisiones!

Restablecido algún tanto presté mi primera declaración.

—¿Cómo os llamáis?—me preguntó el fiscal.

—Alberto López.

Después de muchas preguntas entró, por fin, en materia.

—¿Sabéis el motivo de vuestra prisión?

—Lo ignoro.

—¿Reconocéis este documento, en que se declara haber percibido 16.000 duros, hipotecando vuestro marquesado?

—No.

—Lo habéis firmado.

—Sí.

—Es extraño que afirméis lo segundo, negando lo primero: ¿podrá V. explicar esto?

—Un dia faltó dinero en la casa en que vivia, y me comprometí á pagar la cantidad que me dieran, más los réditos que exigieran tan luego como entrara en posesión de mis bienes, y firmé en blanco un papel, que puede muy bien ser éste.

—¿Y quién se encargó de proporcionarnos los 16.000 duros?

—Yo sólo he percibido 8.000.

—¿Y quién los buscó?

—Un corredor.

—¿Sabéis cómo se llama y adónde vive?

—Lo ignoro.

—Es inútil que sigáis ocultando á vuestro cómplice. La justicia le persigue, pues sabemos que es Alfredo de N. desertor del presidio de Ceuta; proporcionéme V. medios para hacer su captura, y su situación se mejorará; de lo contrario, el peso de la ley caerá sobre V.

—Ignoro quién sea ese caballero á quien alude, y por lo tanto me es imposible facilitar los datos que se me piden.

—Puesto que sobre esto nada quiere decir, pasemos á otro punto. ¿Per qué se hacia nombrar marqués del Lazo de Gracia?

—Nunca usé ese título, ni aun sé si existe ó no.

—Sin embargo, habéis confesado que el documento lo habéis firmado, y para mayor prueba, vea V. las tarjetas encontradas en el único mueble que ha quedado en su casa.

Yo callé; era verdad que me titulaba marqués desde que Laura fué mia.

—Responda V.

—Nada tengo que decir.

—¿Es cierto, pues, que usaba un título que no le pertenecía?

—Sí, señor.

—¿Con qué objeto?

—Con el de halagar á una señora con quien tenia relaciones.

—¿Cómo se llama y dónde vive?

—La segunda parte de la pregunta, la ignoro. La primera la callo, pues no hace falta para el esclarecimiento de hechos.

—Es que esa mujer es otra cómplice.

—Señor fiscal, yo ruego á V. no ofenda á la señora de quien he hablado, pues es aún más inocente que yo; no me cabe duda que esto que me ocurre es debido á intrigas, cuyo objeto y fin ignoro.

—Sino emplea para defenderse otros argumentos que los expuestos, no saldrá adelante. Su conducta de V. ha sido irreprochable hasta la fecha; algo debe haber ó razones muy poderosas influyeron sobre V. para cambiar de tal manera. Aquí tenemos hechos probados, por los que V. no puede escaparse de extinguir una condena; pero ésta será más larga si sigue obstinándose en no descubrir á sus cómplices.

—No tengo cómplices y soy inocente.

—En ese caso, ¿por qué después de vender muebles y objetos de su casa de la calle de Fuencarral, sin dejar uno, desaparece de ella llevándose consigo á la mujer que con V. habitaba?

—Yo marché solo á Zaragoza, y dejé mi casa al cuidado de mis criados, y no he vendido mueble alguno.

—¿Con qué permiso, y á qué asunto se ausentó V. de Madrid?

—Con el permiso de mi jefe y para un asunto de interés.

—Su jefe de V. asegura no ha dado tal licencia.

—Un amigo mío y del señor general solicitó el permiso.

—Su nombre.

—Lo ignoro.

—Capitán, sería interminable la relación de mi declaración primera y de las muchas que le precedieron, dando por resultado mi culpabilidad, en virtud de hechos probados, según el tribunal, y fui condenado á doce años de presidio mayor é indemnización de 16.000 duros.

Mi imaginación trabajaba inútilmente por descubrir quiénes eran mis ocultos enemigos.

Laura y Alfredo no podían ser; los calumniaban como á mí, y si ellos no me daban noticias suyas era mi duda por no ser aprehendidos como yo; algún día sabría de ellos, no me cabía duda.

Laura, tan angelical, tan buena, queriéndome tanto, ¿habría de ser causa de mi desgracia y deshonra? Imposible.

Y Alfredo, el amigo de corazón, ¿habría olvidado su acrisolada amistad para perderme? ¿Con qué objeto? No lo podía creer, y avergonzado cuando estos pensamientos cruzaban por mi mente, trataba de desecharlos.

Llegó por fin el día de mi marcha y salí con dirección á Cartagena, á cuyo presidio fui destinado.

No quiero describir aquel antro, su recuerdo solo me estremece; allí el cuerdo es loco, el hombre de talento lo emplea en el mal, y el que de aquellas cavernas evita el contagio de su putrefacción, el que se ha conservado digno y no ha olvidado un sólo momento lo que aprendió cuando niño, el que sale á flote en todas ocasiones, cual los cuerpos en putrefacción sobre la superficie de las aguas, es un héroe.

Un mes escaso llevaba de estancia en aquella casa cuando recibí una carta; al momento conocí la letra, era de Laura, y estaba concebida en estos términos:

«Alberto: una pasión inconcebible y un crimen que yace en el silencio me obligaron á seguir las instrucciones de Alfredo; llegué á amarte, pero era tarde para arrepentirme; Alfredo siempre sobre mí, me amenazaba, y yo, débil para resistirle, le obedecía ciegamente. El y yo somos los autores de tu desgracia, á nadie culpes; él se manejó de un modo que hizo de tí un juguete y logró procurarse el dinero que necesitaba, hundiéndote en el abismo para que no pudieras seguirle. Tengo una hija que es tuya, se llama como yo, en su nombre y sin que Alfredo lo sepa, recibirás todos los meses una cantidad, aunque módica, que te libre de comer los alimentos de esa casa. Te hago estas confesiones porque sé que eres bueno é incapaz de delatarme. Laurita reza por tí, sabe tu nombre y me pregunta con frecuencia que cuándo te conocerá; es un ángel á quien martiriza cruelmente Alfredo; este es el castigo que sin duda me ha impuesto la Providencia.

Perdóname, querido Alberto, y no dudes ni un sólo instante que has sido el primero y único amor de tu desgraciada

LAURA.»

A la carta acompañaba la letra de aquel mes, pero aquel dinero, producto del juego, y cuya base era un crimen, quemaba mis manos, yo no debía admitirlo; mas ¿cómo devolverlo? Un sólo medio hallaba para emplearlo dignamente; pedí permiso al jefe, y obtenido, distribuía mensualmente la cantidad recibida entre los presos enfermos. Yo atendía á mi manutención con el producto de mis pinceles; esto me valía el apodo de loco.

El tiempo pasaba, y la tristeza natural que yo experimentaba, la que proporcionaban aquellos solitarios claustros y el mal régimen higiénico que observaba, minaron mi naturaleza, y en mi delicado organismo se infiltró el hábito de la tisis. La enfermedad tomaba incremento con pasmosa rapidez, y yo, que sólo ansiaba dejar este mundo, que sólo lágrimas

me había proporcionado, no ponía remedio, para atajar el mal; á veces pensaba en Laura y constantemente en mi hija Laurita, en aquel ángel condenado á prodigar el nombre de padre á quien no lo era.

MIGUEL MARTINEZ FRANCO.

(Se continuará)

EL MARQUÉS DE LA ENSENADA

Don Cemón de Samodevilla, hijo de padres más honrados que ilustres, nació en la villa de Hervias (Rioja), en el año 1702.

Aventajado en Letras, y sobre todo en matemáticas, de las que fué profesor, acreditó después su inteligencia en los ramos de comercio y marina, de los que sucesivamente desempeñó cargos de importancia en el reinado de Felipe V.

Obtuvo un empleo importante en Hacienda, y formó parte de la expedición destinada á la reconquista de Orán.

Estimado y protegido por el ministro Patiño, que reconocía sus vastos conocimientos, fué nombrado secretario del Almirantazgo é intendente de Marina.

Con el destino de intendente militar, agregado al ejército del infante D. Carlos, que fué á la conquista de Nápoles y de Sicilia, á cuyo trono subió el mencionado infante, quiso premiar los servicios de Samodevilla, con el título de marqués de la Ensenada.

Y se le llamó de Italia, por la reputación adquirida de su saber y capacidad, para encargarle las secretarías de Hacienda, Marina y Guerra, habiendo fallecido Campillo en 1743.

Ministro de Felipe V, fomentó los establecimientos de industria y de comercio, é hizo reformas útiles en el Estado, y hasta en el Palacio de los reyes.

A la muerte de Felipe V, decayó el favor de Ensenada, al ceñir la diadema la frente augusta de Fernando VI, que era amante de la justicia, siendo su máxima proverbial verdadera: *Paz con todos y guerra con nadie.*

Influyó eficazmente en sus determinaciones el consejo de su esposa doña Bárbara de Braganza, hija del rey D. Juan V, de Portugal. Amaba la paz como su marido, porque careciendo de hijos y de ambición por su suerte futura, querían vivir sin guerra y sin perturbaciones.

Ensenada volvió á recobrar algún valimiento lisonjeando los gustos de la reina, ya por sus maneras agradables, ya por su indisputable instrucción y su aptitud y facilidad en el despacho de los negocios.

Pero compartía su influjo y su poder con un rival poderoso, que era D. José Carvajal y Lancaster, descendiente de la ilustre familia de los Lancaster de Inglaterra, á cuya alianza se inclinaba naturalmente, y siendo ministro de Estado ajustó el tratado de comercio con la Gran Bretaña en 17-9.

Sin embargo, se reconocían su integridad, sus inclinaciones modestas y sencillas, aunque su carácter brusco no se amoldaba á la adulación, hasta con los reyes.

Sus cualidades constituían los contrastes más opuestos en todo á las de Ensenada, que, ostentoso y espléndido, de genio brillante, agasajaba á la reina con finezas magníficas, y empleaba también este resorte poderoso con personas de todas clases y estados.

El confesor del rey, jesuita, el padre Rábago, un artista italiano, Carlos Broschi, conocido por *Farinelli*, que ejercían una grande influencia, respectivamente, en el ánimo del rey y de la reina, se guiaban por los consejos de Ensenada, amigo íntimo además del duque de Duras, embajador de Francia.

Manténía relaciones personales ó epistolares con la reina viuda de España, con el duque de Richelieu y la marquesa de Pompadour, el favorito y la favorita de Luis XV, con las Cortes de Portugal, de Nápoles y Cerdeña.

No obstante de que tenía fama de desinteresado, era codicioso de dinero por los suntuo-

sos regalos que hacía para conservar su influencia.

Cuéntase que, sorprendido el rey de la magnificencia de su traje, manifestándole familiarmente su sorpresa, Ensenada le respondió: *Señor, por la librea del criado se ha de conocer la grandeza del amo.*

Su política tendía á abatir la prosperidad comercial y el poder marítimo de Inglaterra. Su embajador, Kezne, dió cuenta al rey y á la reina de las órdenes hostiles enviadas á los gobernadores de las colonias españolas de América contra la poderosa Albión.

Se hizo una acta de acusación contra Ensenada, por haberse descubierto también que había participado secretamente al rey de Nápoles el proyecto de los ingleses, para que cediese Portugal á España la colonia del Sacramento, en la embocadura del río de la Plata, á trueque de siete colonias españolas, situadas en la orilla septentrional del mismo río y de la provincia de Tuy en Galicia.

La protesta del rey de Nápoles á su hermano, Fernando VI, suspendió el tratado, y Ensenada, acusado de haber dado cuenta á aquel monarca del plan iniciado, se le hizo, además, un cargo del lujo que ostentaba; y fué desterrado por el rey á Granada, exonerado de sus empleos, sus bienes confiscados y tasados en crecida suma; el influjo de la reina impidió que se llevase adelante la acusación.

Su secretario, Ordeñana, fué desterrado á Valladolid, y todos sus amigos fueron jubilados.

La reina inclinó el ánimo del rey á que concediera á Ensenada una pensión de doce mil escudos para sostener la dignidad del Toisón de Oro.

Este ministro exonerado había abierto canales de riego, y facilitando los medios de comunicación y de transporte de los productos agrícolas é industriales. Abolió los derechos con que estaba gravada la conducción de granos de unas á otras provincias; proyectó el canal de Castilla la Vieja, que debía comunicar un día con el mar.

Abrió también por entre las sierras de Guadarrama el gran camino que unía las dos Castillas.

Protegió tanto á los sabios, que vinieron á nuestro suelo los ingenieros navales *Briant*, *Tournell* y *Sothuel*, el arquitecto hidráulico y militar *Lemaur*, el doctor académico *Luis Godin*, el orientalista *Casiri*, los naturalistas *Bowler* y *Quer*, y se establecieron en España las escuelas de náutica, de agricultura, de física, de pintura, de botánica, de grabado, de matemáticas, de cirugía y de otros diferentes ramos del sabor humano, por haber enviado multitud de jóvenes pensionados, para que aprendieran las ciencias y las artes que florecían en otras naciones y las naturalizasen en España.

Los eruditos *Pérez Buyer*, el agustino *Flores*, el jesuita *Burnel* y otros, recorrieron por comisión suya las provincias de nuestra patria, copiando las inscripciones, medallas, diplomas y otros varios documentos históricos exparcidos en los archivos.

Pero su más grande gloria fué la restauración de la marina. Se debió á él la cédula de la formación de las matrículas de mar, la ordenanza general de arsenales, el reglamento de sueldos y gratificaciones y otras instituciones para el régimen de los cuerpos de la armada.

Encomendó la creación del arsenal de Cartagena al célebre D. Antonio Ulloa, y bajo la dirección del inteligente jefe de escuadra don Cosme Alvarez, se comenzaron las obras del astillero magnífico del Ferrol.

Hizo imprimir á costa del Herario la *Observación astronómica*, de D. Jorge Juan; la *Relación del viaje* de aquel ilustre marino, y bajo su dirección fundaba en Cadiz el *Observatorio astronómico de Marina*.

Franqueó á D. Miguel Casiri todos los auxilios que necesitaba para el exámen y la formación del índice de los Códigos arábigos de la biblioteca del Escorial, y le presentó al rey la conveniencia de que se formase un *Código Fernandino*, que simplificase las leyes; abrazara

sólo las vigentes y aclarara las complicadas y dudosas.

Instituyó y organizó esenales navales y la *Real Academia de nobles artes de San Fernando*.

Aunque nada temía por la parte de Francia, sin embargo, propuso aumentar el ejército y para la defensa de la frontera hizo construir el famoso castillo de San Fernando de Figueras.

Siempre receloso de Inglaterra, ponía todo su conato en que España rivalizase con su poder marítimo; así blasonaba de que no le faltaría nunca una escuadra de veinte navíos cerca del cabo de San Vicente, otra á la vista de Cadix y otra en el Mediterráneo; y de poseer España tantos buques de 74 cañones, como Inglaterra.

Al morir sin sucesión Fernando VI, el 10 de Agosto de 1759, recayó la corona en su hermano paterno Carlos III, rey de Nápoles y de Sicilia, que alzó el destierro de Ensenada, concediéndole los honores de consejero de Estado y los bienes confiscados; lo que no podía satisfacer al genio del eminente hombre de Estado, y en el motín contra Esquilache se sospechó que Ensenada había sufragado los gastos del pueblo, y fué desterrado otra vez á Medina del Campo, donde dejó en su destierro grandes sumas en beneficio de los pobres, y murió á los ochenta años de edad, en el día 2 de Diciembre del año 1780.

EUSEBIO ASQUERINO.

LOS SOLILOQUIOS DE DANIEL

MONOLOGO PRIMERO

¡No puedo más! Harto he luchado; pero, por fin, vencido ya por este desasosiego incontrastable, sin fuerzas para seguir esta tremenda batalla conmigo mismo, caigo, caigo á tus pies, Magdalena mía, sin que la razón, por tí dominada, pueda valerme.

¡La razón! ¿Y cuál puede existir para que yo no te ame? ¿Qué causas me han detenido hasta ahora? Esos incomprensibles temores, esas dudas extrañas, esos infundados recelos, asediadores constantes de mi espíritu, ni tienen base sólida, ni son otra cosa que miedos pueriles y ridículos, vana fantasmagoría de una imaginación calenturienta, sospechas necias que me desesperan y te ofenden.

Detrás de aquella faz angélica, bajo aquella frente inmaculada y serenísima no pudo jamás nacer pensamiento impuro ni maldito. Imposible suponer que la sombra del pecado ennegreciera nunca la blancura suprema de su alma. Si es cierto que el espíritu se retrata en el fondo de los ojos, ¿cómo imaginar torpezas ocultas en la claridad límpida y suave de su pupila, en aquellas luminosidades de aurora que envía su mirada? No pudo la Naturaleza consagrar sus fuerzas al horrible sarcasmo de encerrar en aquel santuario de la belleza otra cosa que la luz purísima de un alma impecable.

Veo en el fondo misterioso de mi cerebro su imagen, y cuanto más examino y contemplo sus contornos, con mayor fuerza surge en mí la idea de que toda aquella corrección de líneas, toda aquella armonía de perfiles, todo aquello tan puro, tan fresco, tan primaveral, no es más que estuche riquísimo, envoltura y encierro de joya más incomparable y preciosa, más bella y más deseable aún.

Recuerdo aquella frente blanca y despejada; aquellos ojos, trono de luz purísima, sombreados por el dosel de sus pestañas; aquellas mejillas aterciopeladas y cubiertas de exquisitos matices; aquella boca, obra maestra de la Naturaleza; roja, fresca, húmeda, cuyas sonrisas son entreabrimientos de los cielos, y cuyos besos deben ser, por lo dulcísimos, mortales; aquella voz celeste, acariciadora, llena de inflexiones melodiosas, de músicas bellísimas; aquella suprema armonía del contorno que recorre en serpentéu delicioso de curvas todo su cuerpo hermosísimo, y cada vez la encuentro

más adorable, más perfecta, más nacida para el amor y más digna de ser amada.

¡Fuera vacilaciones! Ni un germen de indecisión queda en mi alma. Bien he visto en ella asomos y barruntos de preferencia para mí, y al sentirse objeto de la idolatría que le rindo, al ver cuánto y qué de veras y con qué ansias la adoro, hoy que su corazón, según creo, está libre, forzosamente ha de brotar en ella algún cariño; entonces, á la grandeza y poder del mio encomiendo acabar de conseguir que me corresponda con igual entusiasmo. Estoy resuelto, y mañana mismo sabrá el infinito culto que le consagro.

¿Escribiré ó hablaré? Creo mejor lo último. Parece que sería imposible escribirle una carta que no fuese fría, trivial y vulgar. La pluma trazaría torpe y tarda sus rasgos sobre el papel, y sus frases la encontrarían quizá en momentos poco á propósito, tranquila é indiferente, obligada á ir descifrando mi letra, no muy clara y vacía de ese calor, de esa pasión que puede adquirir la palabra.

Le hablare, le hablaré. Escogeré así el instante más oportuno, en su contemplación hallaré quizá felices inspiraciones, le referiré extensamente la historia de mi amor, desde el agrado con que al principio la veía hasta este apasionado delirio que me enajena, verá en mi entusiasmo, en mi fe, en el desfallecimiento de mi voz, en el temblor de mis miembros, en el ardor de mi mirada, lo mucho que la quiero, hallará en todos esos signos exteriores, la confirmación más evidente de cuanto le diga... ¡sí, sí, le hablaré, le hablaré mañana!

¡Mañana! ¡Palabra misteriosa siempre, y hoy para mi arcano oscurísimo y formidable! De una dicha sin límites ó del más profundo de los dolores de mi vida me separan pocas horas. ¡Oh, mi viejo reloj! Tu péndulo, describiendo en el espacio su eterno arco de círculo, no tardará en medir el momento de mi felicidad ó mi desventura; sigan, sigan su marcha fatal é inalterable ambas agujas, haciendo resonar la monótona cadencia que eternamente las acompaña, y ojalá pueda yo mañana bendecir como propicia é inolvidable, la hora que hayas señalado cuando la respuesta anhelada brote de sus labios queridos.

Ahora voy á acostarme, el combate ha sido rudo y necesito reposo. ¡Oh, Magdalena! voy á soñar contigo.

MONOLOGO SEGUNDO

En lo alto, resplandores y silencio, aquí abajo, sombras y rumores lejanos é indescribibles; en mi alma, claridades tan deslumbrantes como en la tierra. Lo que la Naturaleza forja en las noches del mundo, lo reúne y armoniza el amor en el día espléndido de mi espíritu. Parece que llenan mi cerebro perfumes como de jazmines, destellos como de astros, músicas como de hojas, auras y aguas.

Ahora, después de aquellos momentos de embriaguez y de vértigo, sólo, aquí entre este profundo silencio de la noche, recuerdo, entre los últimos estremecimientos que aun de vez en cuando me agitan, esas pocas horas, las más llenas y felices de mi vida.

Aún parece que abrasa mi rostro el aleteo cálido de su aliento; aún parece que veo la opulenta cabellera negra, suelta y destrenzada; la mirada extraviada y ardiente que entraba en mis ojos como la triunfante luz de las constelaciones; el movimiento de aquellos labios adorados, de donde se escapa en torpes y dulcísimos balbuceos la frase incoherente y apasionada; el palpar agitado de aquel pecho, nieve por fuera y fuego por dentro; el color encendido en la epidermis suave de sus mejillas; aún parece que escucho aquellas palabras benditas y aquellos suspiros más benditos aún... ¡Dios mio, Dios mio, cuánto me ama!

Nunca me figuraron mis sueños tales dichas; nunca creí ser tan amado, y no pensé tampoco que cuerpo y espíritu tuvieran fortaleza bastante para resistir esa plenitud de ventura.

Desde aquel día inolvidable en que supe que mi amor había encontrado eco fidelísimo en su alma, la he adorado más cada minuto, y

veo hoy que ese *crescendo* sublime ha ido haciendo vibrar también todas las cuerdas de su espíritu. Me ama como yo á ella, que sólo y único existe aquel corazón comparable al mio.

¡Me ama con ese amor que confunde y reúne calores dulces de nido y ráfagas abrasadoras de hoguera! ¡Deslumbramiento de sol y blandas luminosas caricias siderales! ¡Aquilones que arrebatan y céfiros que besan! ¡Inmovilidad estática en la pupila y galope vertiginoso en la arteria!

¡Ese volcán, esa aurora!

Su pensamiento, como el mio, recorrerá ahora el vasto campo de nuestros recuerdos. Todas las inmensas pequenezes que guarda la memoria de ambos, todos los incidentes de la historia de nuestros amores, todos los momentos importantes, versos hermosísimos de este sublime poema que hacemos juntos, irán naciendo sucesivamente en el fondo de aquella cabeza adorable que sólo en mí piensa.

Como yo, quizá dejando su gallarda silueta resaltar sobre el fondo negro de su balcón, buscará en la apacible frescura de estas auras otoñales, soplos que templen aquella frente enardecida, y tenderá su mirada por los ámbitos infinitos, comparando la serenidad de los astros con el agitado latir de aquel corazón, que es todo y sólo mio.

Los tesoros inagotables de su amor me tienen por único dueño; los deleites insoñables que su pasión hace sentir, sólo á mí me han otorgado sus éxtasis paradisiacos; fuente sellada, huerto cerrado para los demás, ha sido para mí manantial abundantísimo, pródigo de delicias, derrochador de embriagueces delirantes...

Dicen que mata la fiebre, y para mí esta fiebre de amores que me devora, es la vida, la vida en todo su esplendor y en toda su magnífica florecencia. ¡Bendita esta fiebre, que me enloquece y me abrasa, naciendo de sus miradas, de sus palabras, de sus besos! ¡Malditas la calma y la tranquilidad frías é insípidas en que trascurre mi vida en otros tiempos! La vida es la agitación, el movimiento, la lucha, es la carrera infinita é incendiaria del astro, el aleteo poderoso del águila, la explosión de la borrasca que enciende los aires con el rayo y hace repercutir en el espacio el redoble poderosísimo del trueno. ¡Así quiero mi vida, con este amor que ilumina mi porvenir con resplandores como la estrella y en su vuelo potente olvida la tierra como el águila y conmueve y agita todo mi cuerpo y mi alma toda como la tormenta! ¡Maldigo otra vez el reposo inerte de la piedra!

¿Cuándo llegarás, oh anunciado día de mañana, para volverla á ver de nuevo? ¡Antiguo reloj mio, quiero que tus incansables agujas continuando su sempiterno camino, cubran pronto aquellas dos cifras que ella contemplara anhelante en otra esfera cuando yo caiga de nuevo á sus plantas! ¡Precipita el voltear de tus ruedas; que me esperan sus brazos!

MONOLOGO ÚLTIMO

¡Todo se ha consumado. El encantado y luminoso aleazar de mis sueños se ha desplomado, y sólo quedan en su lugar ruinas y tinieblas; la masa informe de sus escombros yace entre profundísima sombra. Mi caída ha sido terrible como la de Luzbel, y como ella irremediable. El golpe ha sido tan inesperado, tan rudo, tan brutal, que me ha herido á un tiempo en el corazón y en la cabeza, ha sido puñalada y mazazo.

Mi espíritu se anegaba en las ráfagas de fuego de un medio de verano, y de pronto la noche más oscura, más fría del invierno ha caído sobre él con todo su hielo y todo su entenebrecimiento. ¡Me engañaba!

¡Me engañaba ella! Esa evidencia que ha penetrado bárbaramente en mis ojos y en mi alma me herido de muerte.

Lo que yo juzgué amor supremo era sólo extraño antojo sensual de aquel montón de cieno que yo he llamado su alma; el néctar era tósigo; ha jugado con mi corazón como con una pulsera; y yo, como aquellos alquimistas mentecatos que derrochan su vida y sus tesoros en cabalísticas combinaciones y en

diabólicos ensayos para buscar la soñada piedra, yo he arrojado y consumido mis fuerzas y mi inteligencia. Corriendo tras una dicha imposible, en el crisol de una pasión insensata.

Hoy, sin vigor en los músculos, sin ideas en el cerebro, sin esperanzas en el alma, roto y maltrecho en esta tremenda batalla de la carne y del pensamiento, veo clara y tristemente toda la dolorosa verdad de lo que ha pasado, y recuerdo aquellos extraños presentimientos que en un principio me sobrecogieron, y que, para desdicha mía, fueron vencidos; desde entonces mi ceguera ha sido tan completa, que no han vuelto a asaltarme; no pude escudriñar el corazón de esa miserable, absorto en la contemplación de su belleza, que nunca revistió el pecado forma más seductora que al hacer carne su verbo sombrío en aquel cuerpo hermoso.

Desde que vi y supe su traición inesperada; desde que averigüé que otro es hoy el que, tan ciego y enamorado como yo, se cree poseedor dichoso de aquellas bellezas y de aquel alma: desde que juré no volvería a ver, desde entonces llevo tres días aquí encerrado, sin hacer otra cosa que empaparme y sumergirme en mi propio dolor, recordar mis falsas venturas pasadas y afirmarme en mi irrevocable resolución.

Acabo de recibir estas dos cartas. Mis amigos, conocedores de la pasión que me ha postrado y rendido, y quizá de su espantoso desenlace me escribirán tal vez para procurar en vano darme los ánimos, que sólo para una cosa no me faltan. Veamos.

«Todo lo sé, Daniel; sé que el final de tus locos amores ha sido el que yo imaginaba, y no me impide el cariño que de antiguo te tengo, comprender y decirte claramente que gran parte de la culpa es tuya, y que si el castigo es dolorosísimo, no fué pequeño el delito.

Abandonaste cuanto grande y santo hay en el mundo para precipitarte. Delirante y ansioso, con la sangre encendida y el pulmón jadeante, en esa borrachera de deleites y rodar al fondo de ese abismo en que hoy yaces casi inerte.

Arrebatado por extraña mezcla de idealismos eufémicos y sensualidades desenfadadas, espiritualizando por artificio esfuerzo el anhelo de voluptuosidad que te abrasaba, eres víctima más que de esa mujer, de tí mismo y de la falta de energía en tu voluntad. Ante el ara de ese ídolo de barro dorado, has hecho tu propio sacrificio, y la deidad, ha aceptado tu ofrenda, como aceptará cuantas de ese género le rindan. Esa casta de diosas es insaciable. No dejes de comprender también que en tí había más cariño real que en ella y que si hubieras dado con otra mujer quizás tu primitiva insensatez se hubiera convertido en afecto profundo, leal y correspondido, pero creo que tu organización te hacía más propio para enredarte en brazos sirenáicos, que para buscar tranquilas placideces en cariños de otro orden. Sea de ello lo que quiera, el castigo ha sido cruel, yo te compadezco sinceramente y voy á darte mi consejo.

Reune, Daniel querido, por esfuerzo supremo, los restos de tu inteligencia; emplea tu voluntad en arrojar montones de olvido y desprecio sobre Magdalena, ¿no se llama así? y después consagra tu pensamiento y tus fuerzas al arte, á la ciencia, á la virtud, á algo grande y noble, á algo que redunde en beneficio de la humanidad y de tí mismo. Cree algo útil y laudable ese cerebro, hasta ahora ocupado en la nécea labor de pensar en esa mujer, palpita por una causa santa ese corazón acostumbrado á latir precipitado al recuerdo ó á la esperanza de venturas tan efímeras como falaces.

Alzate de esta postración, y así borrarás memorias dolorosas y encontrarás satisfacciones dulcísimas. *Sursum corda*, Daniel!—Andrés Molina.»

¡Pobre Andrés! Leeré la otra.

¿Con que el ángel se ha convertido en diablo, y ha clavado las garras en tu alma? ¿Ennegreciéronse aquellas alitas blancas que tú veías ó soñabas en sus hombros escultura-

les? Me he enterado de la catástrofe, y como te quiero, lo siento, pero en medio de todo, permíteme, chico, que te diga que casi te está bien empleado. Sí, hombre, sí. Tú tomas demasiado por lo serio las cosas de esta vida, y te conviertes en Romeo, Manrique, Marsilla, ó algo parecido, y no te cito más nombres, porque, como sabes, no soy muy amante de la poesía, y enseguida nuestro la hilaza de mi condición literaria. A pesar de ello, conozco unos versos de aquel pobre imbécil que tú admiras, que se llamaba Becquer. Creo que lo único sensato que dijo es aquello de:

«Quieres que conservemos una grata memoria de este amor?
Pues amémosos hoy mucho, y mañana digámonos ¡adios!

Sírvante de pauta y modelo esos renglones. El amor es uno de los mayores placeres de la tierra, pero el amor al vuelo, el amor de las mariposas, esos animalitos tan sabios que tus amigos los poetas traen siempre á mal traer. Amar de esa manera que tú has usado, es el mayor y más terrible disparate imaginable. ¿Ella no te ha dejado al fin? ¡Cuánto mejor y honroso para el sexo sería que tú la hubieras dejado primero á ella! ¡Pero mucho antes! Ya sabes cuanto me entusiasma Massini; pero nunca aplaudo con tanto frenesí al tenor incomparable, como cuando canta: *La costanza tiranna del core, detestiamo*, etc.

Supongo que te encontrarás en un estado lastimoso, declamando una elegía inacabable; pero yo te suplico que dando un solemne puntapié á esas tristezas, me atiendas y hagas lo que te digo. Recuerda que en esas regiones del Mediodía de España, luminosas y alegres, hay un pueblo que se llama Jeréz de la Frontera, y que allí brotan hermosísimos racimos a ados por el sol que los fecunda, y que luego se convierten en ese topacio líquido que llena las copas de aromas y la cabeza de alegrías.

No olvides que hay grandísimo número de cuadrúpedos, aves y vegetales que parece creados á propósito para ser condimentados de diversos modos, hacer ricos á Fornos, Lhardy y Pecastain y producir sensaciones dulcísimas en las papilas de la lengua y del paladar. Hazte cargo de que los revendedores cartujos poseen un secreto muy bien guardado para fabricar un aguardiente delicioso, y que no debe desperdiciarse el producto de las tareas de tan respetables personas. Ten presente que hay muchas rubias muy hermosas, y muchas morenas más hermosas todavía (conoces mi predilección), y muchas trigueñas nada despreciables, todas muy propias para que olvides á tu infiel Dulcinea y te convenzas de que el amor verdadero, el amor racional no lo conoces ni por el forro; piensa que así la vida será corta, pero que vale más vivir ocho años entre vinos generosos, manjares delicados y caras bonitas, que treinta estudiando como un sabio ó amando como un torto. Salta de ese romanticismo en que estás metido hasta el cogote, y acompáñame en mis jolgorios. Y para empezar ven el domingo á mi casa á las diez de la noche: allí estaremos reunidos varios distinguidos individuos de ambos sexos junto á una mesa bien provista; lléveme el diablo antes de lo que espero, si á la una no has hecho ya más desatinos que ninguno. Conste que te aguardo, y *¡viva la gíota!*—Luis de Salazar.»

No sé cuál de estos dos merece más lástima. Andrés es un espartano, incapaz de comprender la pasión, frío y pétreo hasta en sus entusiasmos; Luis, loco incorregible, que acabará por el *delirium tremens* ó por otra cosa peor; ambos inútiles para penetrar en el fondo de un alma como la mía.

¡Donosos consejos! Fuera de que sería pedirme un heroísmo sobrehumano ¡intentar que yo, herido por lo que más he amado, me sacrificara de nuevo, ¿qué encontraría en el camino que Andrés me indica? Envidias, calumnias, ingraticudes, dolores nuevos y profundos á cada paso, y quizá más tarde el remordimiento de ver que lo que yo juzgara y aconsejara como bueno, produjera efectos desastrosos.

Siguiendo la opinión de Luis lograría per-

der las pocas fuerzas y la poca inteligencia que me restan, en perseguir goces ficticios, incapaces de satisfacer mi espíritu, enamorado de algo infinito, y después el hastío y otro remordimiento como el que hace poco me aterraba.

Ninguno de ambos medios antitéticos es aceptable. En lo único en que mis dos amigos están de acuerdo, es en que yo soy el culpable. Por eso he resuelto castigarme.

¡Oh, máquina brillante, inmóvil, que me muestra el negro agujero de tu cañón! De esa boca muda y sombría brotarán pronto, cuando yo quiera la llamarada, el estruendo y la muerte; de esa boca será el último beso que reciba mi frente. ¡Voy á brir esa puerta misteriosa que sólo una vez se pasa! Pronto salbaré el dintel formidable; no temblará mi pulso al oprimir la culata!

¡Mañana! Esa palabra ya no tiene sentido para mí. ¡Qué suaves esperanzas despertaba antes en mi alma! Ahora sus letras son para mí seis ceros.

Otras veces abominé del reposo; hoy, reposo eterno voy á refugiarme en tí, único bien que me quedas.

No te digo adios, existencia, porque no mereces la pena de que me despida de mí.

«Reloj, reloj mío, hoy te miro por última vez; el arma está ya en mi mano; tus ruedas graa con las mismas regularidad de siempre; tu péndulo continúa su sempiterna oscilación; tus agujas recorren sin detenerse la serie de puntos de la esfera. Pronto, muy pronto marcarán la hora que me he propuesto esperar. Ya casi la tocan. Ya han llegado.

¡Fuego!

DOSERRÉS

Madrid 1885.

HORACIO MANN

Nuestro héroe es uno de los bienhechores de la humanidad; el que nació en 1796 en una ciudad nueva del Estado de Massachussets (América) fundada en el año 1785.

Esta ciudad había elegido por padrino á Franklin, y deseaba que este grande ciudadano le enviase una campana para ser colocada en la casa municipal.

Franklin envió una biblioteca, diciendo, que él no dudaba que los habitantes de la nueva villa fueran gentes razonables, y que ellos no prefirieran un poco más de sentido y un poco menos de sonido.

Horacio Mann era hijo de uno de esos propietarios, tan comunes en América, que viven del trabajo de la agricultura. Huérfano, debió consagrarse al cultivo de la tierra para alimentar á su madre y á su hermana.

Pero él tenía el deseo vivísimo de aprender, y tegiende paja pudo comprar los libros para ir á la escuela, y fuera de ella le era preciso no descansar de sus faenas agrícolas.

A la edad de veinte años, después de haber asistido tres como discípulo á la universidad de Brown (Providencia) permaneció en la misma dos años como profesor.

El se hizo notar por un discurso que pronunció en la distribución de premios sobre los progresos del espíritu humano. Terminada su carrera de abogado, un hombre que podía trabajar diez y seis horas por día, pronto fué muy conocido para aspirar á adquirir alguna fortuna.

Mereció de tal modo la atención pública, que fué elegido diputado, luego senador de la provincia y presidente del Senado. El se ocupaba de las reformas sociales más que de las querellas del día.

Combatió la embriaguez, hizo establecer el mejor asilo para la demencia; defendió los caminos de hierro en su origen, y se dedicó especialmente á la educación del pueblo.

Mejorar el espíritu, el corazón de las masas, era su verdadera vocación.

Había llegado á la edad de cuarenta años cuando se estableció en el Massachusset una institución central de educación, y le ofreció á Horacio Mann el destino de secretario.

Como en América (Estados Unidos) todo se hace por los Municipios, y los municipios son independientes, pueden conceder ó rehusar fondos; y para que la primera creación de este género fuera fecunda en beneficios, era necesario un concurso voluntario, y obtener sacrificios considerables de plata. Horacio Mann dió un ejemplo dignísimo de desinterés, abandonó su profesión de abogado y una fortuna segura, para aceptar una situación inferior á los ojos del mundo, y una modestísima retribución de cinco ó seis mil pesetas anuales.

Todos los que le encontraban sonreían desdenosamente. Una sola persona le dijo: habéis hecho bien, y si yo puedo ayudaros, lo haré. Era el famoso Channig, quien hablaba así, era una grande alma que se dirigía á otra alma grande, y que se sacrificaba por el bien general.

Desempeñó este cargo desde 1837 hasta 1847, y en esta época quiso recorrer la Europa para estudiar todos los institutos de instrucción, y aplicar las mejoras.

La vez primera que Horacio Mann anunció que daría una conferencia sobre la educación, reinó en el local la soledad, pero al fin fué oído, y se admiró su elocuencia persuasiva y profunda.

Nuestro héroe es uno de los bienhechores tribunales, presidios, para castigar gentes que la ignorancia ha hecho criminales, y son autores ó cómplices de estos males que ensayáis en vano de impedir ó de curar. Estableced escuelas y destruiréis la ignorancia, el crimen y la miseria; disminuiréis los odios y fundaréis la fortuna y la grandeza del país por el bienestar, la moralidad y la felicidad de cada uno.

Esta era la teoría de Mann.

Pero no basta concebir una idea, porque entre la exposición de la idea y su realización, media un abismo.

Horacio Mann, ha realizado su idea, él la hizo aceptar por quince Estados, fué una experiencia ejercida sobre más de quince millones de hombres.

El se hizo arquitecto para construir escuelas, comprendiendo que la primera condición de una escuela era una buena ventilación; cada discípulo tenía una pequeña mesa independiente, sólo ante un pupitre, sin que le molesten otros niños; poseía su dominio aparte, su pequeña propiedad; era ya un ciudadano.

Esta escuela se veía adornada de cartas geográficas, de figura representando los pesos y las medidas del país, y de retratos de los grandes hombres.

Horacio Mann estableció escuelas normales para que aprendieran los futuros institutores del pueblo el arte de enseñar. Uno de sus conciudadanos, M. Wignt, puso á su disposición diez mil duros; y cuando un ciudadano da esta cantidad para una obra pública, la Asamblea legislativa no quiere ser menos, y acuerda igual suma.

Las mujeres se presentaron en masa para ser maestras de escuela admirables. Los americanos han comprendido, después de cincuenta años de experiencia, que Dios ha formado las mujeres para educar á los niños, comenzando por la madre y por la hermana.

Rey, en América, de seis escuelas, cinco son dirigidas por mujeres.

Se enseña á los niños á leer en alta voz y á hablar, el dibujo, la aritmética, la geografía, la historia y la Constitución del país; la enseñanza de sus derechos y de sus deberes para practicarlos un día; elementos de física, de química y de historia natural.

El tiempo de la escuela, entre los americanos dura desde los siete hasta los diez y seis años. En el Massachussete, las nueve décimas partes de los niños y de las niñas van á las escuelas comunes, y en la otra décima parte están comprendidos los niños de las familias ricas que reciben su educación en las pensiones.

Horacio Mann resolvió el problema de hacer las escuelas tan perfectas, que todo el mundo enviase sus hijos. Hoy, en América, se gastan 200 reales por cabeza de niño, por cada año de escuela, y el impuesto consagrado á la

escuela es de 20 á 24 reales por cabeza de habitante.

El terreno se divide en los Estados-Unidos como entre los antiguos romanos: se hace un cuadrado conteniendo 36 lotes de 360 áceres cada uno; es lo que se llama el *townstrip*, ó el municipio. El 36º lote pertenece á la escuela, y una ley nueva ha decidido que 2 lotes, la décimo octava parte del terreno será atribuida á la escuela, sin hablar de las donaciones particulares, destinadas á fundar escuelas agrícolas é industriales.

En 1858, sus conciudadanos le discernieron el más grande honor, nombrándole gobernador del Massachussete; el mismo día se le ofrecía la dirección de un colegio que se acababa de fundar en la ciudad de Antioquia, situada en el estado de Onío.

Horacio Mann no dudó; su vocación era irresistible; él rehusó las funciones de gobernador por las de director del colegio.

El guardó, con no menor solicitud que éxito, el uso americano de educar en común la juventud de los dos sexos.

El decía que el varón y la hembra habían nacido para vivir juntos, y era preciso abituálos desde la infancia.

El colegio de Antioquia probó, por experiencia, que el espíritu no tiene sexo y aptitudes diferentes, porque las mujeres demostraron su idoneidad para las ciencias matemáticas.

En el mes de Agosto de 1859, Horacio Mann sufrió un desvanecimiento muy grave y el médico le anunció que iba á morir. El reunió á sus discípulos para darles consejos excelentes, y murió, como Sócrates, sirviendo á la humanidad hasta el último momento de su vida.

En su delirio se le oyó repetir las tres palabras; *Hombre Deber, Dios*. Mejorar á los hombres, enseñarles sus deberes, y respetar la obra de Dios, era el epitafio más elocuente que se podía colocar sobre su tumba.

Así murió á los sesenta y tres años, un hombre, cuya memoria ha honrado la posteridad como la de un bienhechor de la humanidad.

Hoy se puede admirar en el paseo de Bostón la estatua de Horacio Mann, estatua que enaltece al hombre de bien, y al pueblo que sabe hacer justicia á los que han contribuido á su gloria civilizadora.

EUSEBIO ASQUERINO

HISTORIAS DEL JUEVES

El loco de amor

—Sí, dijo Matilde de la Celda al vizconde de Brama, le amo. Mis proyectos, mis repugnancias, mi voluntad decidida de no cargar con nueva cadena mi corazón, han sido como enamorados por una influencia que sufro sin comprenderla y que me ha subyugado por completo. No son, ciertamente, sus palabras de usted las que me han persuadido. Harto sabía que no eran verdaderas y que al ponderar su amor contaban una mentira. Pero puedo decirselo á usted: estoy vencida. Así, cumpliré su gusto siendo su esposa.

—¿Y para qué casarnos? repuso el vizconde Brama, quien, levantando la cabeza, mostró por primera vez sin disfraz á la mujer con quien hablaba la expresión infernal de su rostro.

Cuando Matilde de la Celda oyó estas palabras, sintió helada su sangre. Adelantándose al tiempo, presintió, con la adivinación propia de su sexo, el cansancio, el abandono, el hastío, el odio, las angustias todas, en fin, de la víctima que se arrastra de rodillas sin conseguir que se la atiendan.

—Sí, continuó el vizconde. Veamos las cosas como son: usted, que es una mujer superior, debe elevarse, con mirada de águila, por cima de vulgares tonterías. Sin duda recité ha un momento una lección, porque el amor no existe. Como el matrimonio mismo no es otra cosa que una ficción social. Es fiebre, agonía remordimiento. Nunca cumple lo que promete; siempre deja detrás humo y cenizas.

—Es verdad todo eso, replicó Matilde, á quien las horribles palabras del vizconde habían curado radicalmente de su pasión.

Luego, con un gesto soberano y levantándose de su asiento:

Hasta mañana, vizconde, dijo, y se retiró á sus habitaciones.

Apenas el vizconde de Brama estuvo en la calle, desierta y oscura, como un alma pesada, cuando se sintió avergonzado de sí mismo, reconociendo que su ser, hasta entonces resguardado como por una armadura de diamante, había sido invadido por todas las torturas de una piedad dolorosa. Tenía la roedora sensación que debe experimentar el que comete un crimen.

Ya en su casa, durmió con sueño pesado, en que visiones trágicas marcaban sus sangrientas siluetas. Cuando despertó, tuvo una sorpresa profunda al encontrar que en él un hombre había muerto, y nacido otro en nada parecido al antiguo. En su cerebro, que parecía abrirse, afluían ideas nuevas, invadiéndolo como ondas y torrentes de luz.

El amor, aquel mismo amor, que había ultrajado y negado tantas veces, se había apoderado de él, poseyéndole entera y despóticamente, como una presa. Veía á la mujer amada, casta, pura, soberana, lavada de la afrenta que pensó infligirle. Un sólo deseo dominó entonces su pensamiento: vivir á sus pies, amarla fielmente, servirla, no respirar sino para ella, hacerla su esposa honrada, embriagarse con sus miradas, escuchar su voz como una música celeste. No imaginó ya que hubiera otra dicha igual en la tierra.

Pronto el sufrimiento de no ver á Matilde, de estar lejos de ella, despertó en él intolerables tormentos. El día empezaba á brillar. Salió, pues, y paseó veinte veces bajo las ventanas de su amada. Honda desesperación le acometió pensando en el tiempo que tendría que esperarla, largo como una eternidad. Volvió á su casa, salió á caballo; entró de nuevo en su domicilio. Por fin, entreteniéndose en el sinnúmero de minuciosidades que requiere el tocado, afeitado y acicalamiento de un enamorado, vió llegar la hora en que era posible presentarse á Matilde.

Pero allí recibió en la cabeza este golpe de maza:

—La señora se ha ido al campo.

No debía volver á Madrid, sino pasados muchos días.

A partir de este momento, el vizconde vagó, como cuerpo sin alma, abatido, desorientado, yendo sin cesar á casa de Matilde, interrogando á los criados con triste mirada, con voz sollozante, y obteniendo siempre la misma respuesta.

Delante de este espectáculo, no pudo contenerse el vizconde. Se vió decididamente perdido, separado para siempre de aquella mujer para quien exclusivamente vivía. La idea del suicidio cruzó por su cerebro; pero un pensamiento de esperanza le iluminó, como súbito rayo en noche tenebrosa.

Hablando con Matilde, la había oído decir cómo el administrador de sus fincas era para ella un segundo padre. Huérfana Matilde, desde muy niña, aquel buen señor la tomó bajo su dirección, siendo el hombre más escrupuloso del mundo en punto á intereses, por lo cual su afecto hacia Matilde no podía ser considerado de otro modo que hijo de la nobleza é hidalguía más puras. Para él no tenía Matilde secretos; el vizconde decidió visitarle.

—Es inútil que la busque, le contestó el administrador.—Matilde no quiere ver á usted. Tampoco la volverá V. á ver. La policía además, está avisada para evitar ó corregir cualquier escándalo. De todos modos, no es usted quien tiene más derechos para perseguir á una mujer que ultrajó. Lo sé todo. Vizconde, ha quebrantado V. para siempre la tranquilidad de una vida adorable.

Por estas palabras comprendió perfectamente el vizconde de Brama que había perdi-

do irremisiblemente á Matilde. Huyéndole, se habría sepultado en algún retiro, del que no podría sacarla.

Tendió, sin embargo, mil emboscadas; sembró el oro; buscó sin descanso, sin desfallecimiento, con la tenaz obstinación de una idea fija. Pero no era posible encontrarla. Matilde permanece todavía en un convento, donde llora su miserable amor, lleno de claridades al principio, rodeado de lobregueces desde aquella declaración fatal del hombre que adoraba.

Por lo que toca al vizconde, la persistencia de un solo pensamiento le volvió loco, habiendo sido forzoso encerrarle en una casa de salud. Allí dentro, como fuera, cuando estaba libre, buscaba á Matilde, miraba detrás de las puertas, entre las cortinas, bajo los árboles del jardín abriendo los matices de verdura con exquisita precaución, como si estuviese allí escondida.

A todo el que veía preguntaba por Matilde. Entristeciase profundamente al darle respuesta negativa. Sin embargo, al ver al director, que volvía armado de un revólver todas las noches, pues tenía que atravesar el campo desde la capital al manicomio, una alegría inexplicable se apoderaba de todo él. Frotábase con entusiasmo las manos, daba brincos de contento. Adivinábase que abrigaba un proyecto salvador.

Un día que el director estaba sentado en un banco del jardín, el vizconde se llegó á él con silenciosos y atentos pasos, y con mano rápida y ligera, le arrebató el revólver.

Cuando tuvo en su poder el arma tan codiciada, soltó una carcajada. Entonces, aquel loco de amor se disparó alegremente un tiro en la frente.

El regreso

En el parque del convento, ha puesto el Otoño su decoración melancólica desplegando tapices de oro en las sendas, abriendo las últimas margaritas y las dalias de tallos nudosos. El sol amarillo, semejante á la sonrisa de una mujer que ha sido bella, acaricia la punta de las hojas que se secan. El viento huye, dejando caer de su delantal las finas rosas pálidas, de olor tan suave que se diría el aliento de un niño dormido. Por los caminos, donde crujen bajo los piés las ramas de color de moho, ramas que no volverán á ser verdes, muchachas rubias ó morenas, se pasean divirtiéndose. Son pensionistas de un colegio, quienes, á pesar de tener todas las sublimes soberbias de la mujer, con los ojos bajos, y el uniforme de la casa puesto desde la mañana, se inclinan humildemente ante la superiora, apenas aparece, con sus respetables tocas, en la puerta del jardín.

Es la hora de recreo. Las educandas cuchichean, sin cuidarse del Otoño ni del matiz de las hojas. Luisa, que ha vuelto aquella tarde del convento en un carruaje de ocho resortes, comunica confidencialmente á sus compañeras de familias nobles, que Clemencia ha venido á pié, acompañada de un criado, que le llevaba los libros. ¡Qué horror! Sin embargo, una voz burlona observa que ya quisieran los empingorotadas señoritas poseer los ojos aterciopelados y los dientes de perlas de Clemencia. ¿Quién, por poder ostentar estos tesoros, no andaría á pié toda su vida? Clemencia sonríe sin decir nada; bien sabe que algún día cruzará las calles de Madrid de otro modo. ¡Le han enseñado tanto las vacaciones!

Trabaja, entre tanto Rosa, por ordenar y meter en juicio los revoltosos ricillos de su frente, que se le caen sobre los ojos á cada momento. Carolina llora, con sinceros sollozos que levantan su leve seno de niña, con el recuerdo del teatro. ¿Es posible que una mujer cita, que acaba de servir de blanco á los gemelos de varios caballeros, se acueste á las ocho y se levante á las cinco? En cambio, ríe Matilde con carcajadas sonoras que llenan de estrépito el jardín. Formando corro, del que ella es centro encantador, refiere á sus amigas cómo rellenó de postizos su traje, dando á su cuerpo formas de figurín. Bien es cierto, que su abul-

tada mejilla de rosa, bajo el polvo de arroz, parecía un alhércigo.

Ya arrodilladas en la capilla, golpeándose el pecho, se hallan Valentina y Elisa. No toman ellas parte en los regocijos y expansiones de sus compañeras. Muchachas de alto linaje, pero pobres, han hecho promesa de tomar el velo. ¡Cuánta es su amargura al ver las que se examinan para maestras ó institutrices! Nunca serán otra cosa, por causa de su cuna ilustre, desdorada sino esposas del Señor,

En solitario rincón, Marta y Cecilia permanecen enlazadas del brazo. Separarse va á ser para ellas la mayor de las desesperaciones. Han vivido juntas desde que se conocieron; pero ahora sus madres las darán esposos. Ya han pedido sus manos dos apuestos mozos, prometiéndolas felicidades sin cuento. Mas las dos amigas no comprenden otra dicha que la de verse, hablarse, abrazarse á todas las horas del día. ¡No se casarán jamás! Este es su último juramento.

De otra manera de pensar es Clotilde. Allí se ve apartada detrás de un árbol, oprimiendo sus labios la fotografía de su prometido. Por todas partes se oyen estos diálogos:—¿Para qué quiero casarme? Mi papá es rico y me concede todos los gustos.—¡Tonta! ¿Sabes tú lo que es una solterona? Nada hay más espantoso.—Y ¿dónde me dejas los niños? Son bonitos, no lo niego; pero es preciso mantenerlos, y debe ser terrible el hambre.—Vamos, cállate, ó cómete esa torta, que nos vas á manchar con ella los vestidos.

Suena la campana. La hora de recreo tocó á su término. Una madre se acerca; los angelillos con faldas abren sus alas y se precipitan al convento. Dirige la vista al suelo; los cabellos se aplastan. La directora pasa revista á su hermoso rebaño; mostrándose severa con cualquiera contravención á la regla:—Señorita Sánchez, bájese V. más el velo—dice encarándose con una linda coquetuela de quince años.

Todas desfilaron. Sus gasas blancas se mezclan con las gasas negras de las religiosas. Entran, por fin, en la capilla, y al tomar el agua bendita, el diablo de piedra que sostiene la pila, cuenta con su mueca infernal las almas que le están destinadas.

Entretanto, el austero otoño coloca su decoración melancólica, balancean las margaritas sus menudas cabezas temblorosas, y las dalias se despojan de sus gruesas corolas abigarradas. Los tapices de oro se extienden por los caminos; desnudos los árboles dejan caer las hojas que no volverán á reverdecer, y las rosas, empalidecidas, cuyo perfume tiene la suavidad de una caricia, desgranán lentamente sus pétalos blancos, como para que sirvan de sudario á la naturaleza que va á morir.

SATURNO.

HISTORIA ANTIGUA

I

La abuelita enjugó con repetidos besos las lágrimas que derramaba su nieta y cogiéndola cariñosamente entre sus brazos, la dijo:

—Olvida á ese hombre Laura, olvidale; no merece que tú le ames.

Y como siguiere el llanto de Laura añadió:

—¿Sabes tú cómo se portaban los adoradores de mi tiempo? Pues escucha la narración de una historia en que fui, no, en que fué la heroína una amiga mía.

Calmáronse como por encanto los sollozos de Laura, deslizóse entre los brazos de su abuela, que la tenía sujeta por la cintura, hasta quedar arrodillada á sus piés, fijos los azules y grandes ojos en el arrugado rostro de la narradora y quedó inmóvil, poética y misteriosa, verdadera estatua de la curiosidad.

—Oye, hija mía, dijo la anciana: ese hombre que tú adoras ha enseñado tus cartas; acción infame que ninguna mujer de mi tiempo le perdonaría. Atiende y juzga la diferencia que existe entre un amante del año 1885, á un adorador de principios de siglo.

Contó una historia triste, llena de emociones, de esas que harían la fortuna de cualquier hábil folletinista.

Era después del año 14, cuando ya estaban de vuelta en Francia los redingotes de los soldados de Napoleón y las iras de nuestros buenos patricios y de nuestros frailes, se habían apagado. La escena pasó en Onteniente, un pueblo de la provincia de Valencia, que está rodeado de montes verdes como esmeraldas y de praderas en las cuales la naturaleza mezcló por arte mágico todos sus colores.

Había en Valencia por aquel entonces una costumbre, que aún sigue, á pesar de la penuria de estos tiempos, en virtud de la cual, los ricos valencianos pasaban el Otoño en las alquerías y heredades del término de Onteniente, en donde plugo á Dios reunir todo género de prodigios y bellezas, porque en él los algarrubos parecen matas de albahaca; los olivos alcanzan la brillantez de la plata nativa y las vides se retuercen escalando las rocas con sus caprichosas guinaltas: en las cresterías de las accidentadas montañas se agrupan en confuso tropel los pinos, mientras que en los barrancos, cada uno de fuentes y cascadas, columpian al viento sus flores las adelfas y su verde ramaje las palmeras.

Hay en la partida que allí se llama de los *Aforines*, seis ó siete casas de campo, que más parecen palacios por la fastuosidad y elegancia de las edificaciones y el lujo y derroche que tienen sus dueños en el cuidado de los jardines.

Allí estaban las casas de los Peris, Jivaller, Sorolla, Dalmau de Queralt, Mayans y otros no menos distinguidos.

En el Otoño del año 15, llamó la atención de los colonos de aquellas heredades una pareja enamorada que á la caída de la tarde solía encontrarse junto á la cascada que forma la fuente termal que nace en el barranco llamado Cabezón Gordo. Alguien que por curiosidad se acercó á los amantes lo bastante para reconocer sus facciones, vió con sorpresa que don Francisco Dalmau de Queralt, joven de inmejorable presencia, enlazaba con sus fuertes brazos la cimbreante cintura de doña Inés de Jivaller, condesa de Jivaller, casada hacia poco con el marqués de Benifaraig, D. Guillén Sorolla.

Fué un escándalo para aquellos honrados trabajadores, entre los cuales apenas era entonces conocido el adulterio; mas el escándalo rayó en estupefacción cuando pocos días después vieron en amistoso coloquio, cerca de las enramadas que encubren la fuente termal, á la mujer, el marido y el amante.

Durante todo el mes de Octubre, la felicidad de D. Francisco Dalmau y la condesa de Jivaller no reconoció límites. Casi corría su dicha parejas con la ceguedad del conde.

Mientras éste tiroteaba los conejos en el monte, las codornices en los rastrojos y las liebres en las viñas, el amoroso D. Francisco juraba y perjura á Inés que su amor era inagotable, como la luz del sol.

—¿No estará nunca nublado este cielo, Paco mío?—preguntaba ella.

—Nunca, aunque todas las nubes conspiraran para ello. ¡Tú eres mi alma y Dios!

—¡Blasfemo! ¿Desde cuándo una pecadora puede arrebatarse su trono al Señor?

—Desde que Dios se ha excedido á sí mismo al crearte.

—¡Ah! miseros de nosotros, que hemos de purgar estas delicias en las calderas de Pero Botero.

—¡Bah! tengo confianza en tu belleza, ¿qué ángel ha de atreverse á encerrarnos si te mira?

—Calla; Satanás finje por tu boca indulgencias que no merecemos.

Y así conjugaban y declinaban y armonizaban y diluían en todos los tiempos, modos, ritmos y cadencias que tiene la sociedad para pagar á la locura con el vocablo amor.

Mientras ocurrían estas pecaminosidades, el conde de Jivaller hacía salvas, atronando los montes con el contento de todo cazador

que sabe dirigir certeramente el fuego mortífero.

Pero las locuras tienen fin, sobre todo cuando los amantes fian mucho en la noche, en las zurcadoras de voluntades y en las corazonadas proféticas del amor.

No contentos Francisco e Inés de jurarse por las tardes entrañable afecto junto a la sombría arboleda de la fuente termal, se citaron por la noche bajo los naranjos y limoneros del jardín de Inés, y se valieron para sus citas de la mediación de una criada.

Esa providencia de los maridos que se engendra en la envidia de los despechados, y de la cual nace la delación, hizo que D. Guillén Sorolla supiese de un modo evidente, que si su mujer prefería la humedad y frío del jardín al tibio calor de sus habitaciones, era porque en aquel encontraba a un guapo mozo (no especificó más el denunciador) repleto de adulaciones cariñosas y de requiebros halagadores.

Se puso en guardia; fingió una partida de caza que había de durar muchos días en un sitio lejano, y por la noche misma del día que salió, volvió a su heredad loco de celos y de venganza.

Sin duda para evitarla, copió la noche la negrura de sus pensamientos, y encerró a la luna, las estrellas y los luceros en la impenetrable oscuridad de sus antros. Ni aun este contratiempo le detuvo, porque conocía el terreno palmo a palmo, y servíale, además de guía y Norte el chirrido penetrante de los grillos que cantaban en las eras, ocultos entre los montones de forraje que los labradores estaban soleando.

Además, tenía el marqués ese algo que tienen todos los maridos puestos ya sobre la pista, y que les asemeja a los dioses en la adivinación, porque, así como un marido ignorante es el más topo de los mortales, un marido a quien el acaso le denuncia la infidelidad de su mujer da quince y raya al más listo de los perdigueros.

RAFAEL COMENGE.

(Se continuará)

REVISTA DE MADRID

Ya comienzan las representaciones de *Don Juan Tenorio*. Todos los coliseos de la villa y corte se disponen a exhibirle a los ojos de los espectadores, que correrán gozosos en estos días a saborear con sin igual delectación una vez más los inspirados versos de Zorrilla.

Y todos los teatros se llenarán. Esto es seguro. Madrid saldrá de sus escondrijos domésticos e invadirá los teatros, para aplaudir a D. Juan Tenorio, a Doña Inés y a Zorrilla.

El público aplaude todos los años el *Tenorio* sin discusión. En fuerza de verle todos los años se ha convencido de que es un drama perfecto, que no admite corrección ni mejoría. Sus bellezas le encantan y sus defectos le seducen. *Don Juan Tenorio* no es un drama, es una institución.

Desde que el mercenario Fray Gabriel Tellez, conocido en el mundo de las letras con el nombre de Tirso de Molina, escribiendo su célebre comedia *El burlador de Sevilla*, creó el tipo de Tenorio, que tanto se ha reproducido en obras dramáticas y líricas, viene siendo en España la personificación acabada del carácter español, y singularmente del andaluz, en todo lo que tiene de bueno y de malo, y con especialidad de lo último.

Zorrilla escribió más tarde su *Don Juan Tenorio* sin sospechar que había de ser la obra que más laureles había de ceñir a su frente.

Lo que nos cuesta trabajo creer, es que nuestro insigne poeta, teniendo en la obra de Tirso de Molina la pauta y guía del carácter de Tenorio, fuera a calcar su obra sobre el *Don Juan de Marana*, de Alejandro Dumas. Pues si bien es cierto que ha corregido algunas faltas, en cambio ha incurrido en otras más capitales. El *Don Juan* de Zorrilla es creyente cuando habla con Doña Inés y Don Gonzalo, de Dios, del cielo y de su salvación; y escéptico con Centellas y Avellaneda, a quienes dice que jamás creyó en la otra vida, ni en otra gloria que en la del mundo.

Si la poderosa fantasía de Zorrilla no hubiera rodeado a esta figura, merced a la magia de los versos, de una fascinadora aureola, no podría tolerarse en la escena carácter tan contradictorio, porque no puede ser dramático un personaje en el que se reúnen tal copia de infamia y de grandeza, tan súbitas mudanzas de ideas, acciones y movimientos.

Parece el juguete de una fatalidad inexorable, más que un hombre dueño de sí mismo, tan pronto es un espíritu generoso y noble, como un rufián despreciable e indigno.

Y a pesar de todo esto, el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, ha destronado a todos, y a todos aventaja bajo el aspecto de la forma.

Don Juan Tenorio podrá no haber existido; pero la tradición primero, la leyenda después y la poesía luego, hicieron de él la representación bella y grandiosa de la justicia divina, personificaron un aspecto, si criminal, grandioso de la naturaleza humana, cual es la voluntad afirmándose contra toda ley, rechazando todo freno, y no retrocediendo sino ante la mano de Dios.

Los padres llevan siempre en esta época a sus hijas a las representaciones de *Don Juan Tenorio*, como las llevan al cementerio en visita de conmemoración piadosa. Sin embargo, en el cementerio aprenden a desear la paz de las almas, y en el teatro quemar las alas de puros sentimientos en el fuego de las pasiones. Esos padres aplauden, sin embargo. ¡Desgraciados! ¡Les está reservado el papel de Comendador!

¡Es realmente difícil concebir una obra dramática más inmoral y más bella!

Cada nuevo crimen da más encanto a D. Juan.

Doña Inés ofrece su salvación por la salvación del matador de su padre.

El Comendador, en compensación de la deshonra de su hija y del pistoletazo, se va derecho a los infiernos, y aunque vuelve al mundo convidado a cenar, no cena.

Don Juan, harto de dar cuchilladas y robar doncellas, se entra de rondón en el Paraíso.

Si el diablo hiciera dramas, de fijo que el diablo hubiera hecho *Don Juan Tenorio*.

Si a algún otro poeta se le ocurriera reformar este drama con arreglo a la moral y a la lógica, el clamoreo sería inmenso.

¡Castigar a Don Juan o ser arrojado a los infiernos fuera una crueldad y un error!..

¡Imposible! ¡Aquel apuesto galán, tan hermoso, tan arrogante, tan derrochador de la vida y de las riquezas, tan amado de las mujeres y tan envidiado de los caballeros; encanto y deleitación del mundo por sus lances de amor, de juego y de cuchilladas!..

El sentimiento, la poesía, el arte y el genio, emplea dos por Zorrilla en *Don Juan Tenorio*, hace amar todos los horrores que contiene y que le aplaudan hasta los hombres más honestos y timoratos.

Lo cual prueba que el genio está sobre todo.

Los más distinguidos intérpretes, en este año, de la obra de Zorrilla son Vico y la Cirera.

Vico se expresa con pasión y gallardía; la Cirera con inocencia y amor.

El uno viste ricos trajes de época; la otra, blancos hábitos que la embellecen sobremedera.

Y ya que hemos nombrado a Vico, debemos ocuparnos de la brillante campaña que acaba de realizar con gran éxito.

En los doce primeros días de la temporada, a contar desde el día 16 del actual, en que se verificó la inauguración del teatro Español, ha puesto en escena este eminente actor otras tantas obras de lo mejor del repertorio y de los más eminentes autores, en esta forma:

El día 16, para la inauguración de la temporada teatral, *Sancho Ortiz de las Roelas*.

El día 17, *Los soldados de plomo*, de Eguilaz.

El 18, *O locura ó santidad*, de Echegaray.

El 19, *No hay mal que por bien no venga*, de Estévez.

El 20, *La Pasionaria*, de Cano.

El 21, *Consuelo*, de Ayala.

El 22, *El Nudo Gordiano*, de Sellés.

El 23, *Angela*, de Tamayo.

El 24, *Un tercero en discordia*, de Bretón de los Herberos.

El 25, *Los amantes de Teruel*; de Hartzenbusch.

El 26, *Un banquero*, de Peral.

El 27, *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla.

Sancho Ortiz de las Roelas, el hermeso drama trágico de Lope de Vega, refundido por D. Cándido María Trigueros, obtuvo una interpretación solemne y majestuosa.

Con ser el Fénix de los ingenios el más antiguo de la gloriosa pléyade del siglo de oro, en sus tonos, en su forma, en su fácil y elegante estilo, parece el más moderno de nuestros inmortales dramaturgos, *La Estrella de Sevilla*, que es el nombre popular de la obra representada en la noche de la inauguración de la temporada en el teatro Español, es un poema que no envejece, ni pasará nunca de moda. Allí están condensadas la esencia, de la vida, los prodigiosos elementos del drama nacional.

Antonio Vico desempeñó con grandeza y superioridad el papel de Sancho.

Sus nobles y enérgicos arranques, le captaron la aprobación de todos los espectadores.

En la segunda obra de la decena se presentó ante el público madrileño, después de quince años de ausencia, el Sr. Tamayo.

Todo estaba en relación: la obra y el intérprete; porque también hacía mucho tiempo que la comedia *Los soldados de plomo*, de D. Luís Eguilaz, no se había representado.

En la ejecución de *Los soldados de plomo*, demostró el Sr. Tamayo, que sigue siendo como antes un actor apreciable, rico en detalles de acción y movimiento, aunque algo defectuoso en la manera rápida y cortada de pronunciar las frases.

Aparte de esto, caracterizó muy acertadamente su papel de hombre positivo, dado a las realidades de la vida antes que a los calenturientos idealismos, pero convertido momentáneamente por su mujer y llevado a trasigir con los amores de su hija, al contemplar unos soldados de plomo con que fue feliz en otro tiempo un hijo suyo.

La obra, a pesar de sus excelencias y sus bellezas, puede considerarse ya algo anticuada. El público admirará la habilidad y el arte con que de un argumento tan sencillo se logra sacar una comedia en tres actos y mantener viva la atención.

Pero la obra, que gusta y encanta por sus primores, no despierta interés por ser costumbre ahora que crucen la escena personajes de pasiones más violentas y movidas y argumentos más fuertes y de complicación mayor.

Profundidad dramática, vigorosa concepción, grandeza de pensamiento, son las cualidades que ostenta el autor de *O locura ó santidad*.

Esta obra cuya originalidad fué en un tiempo tan discutida, que tuvo infinitos padres a juzgar por los buscadores argumentos, y que por fin quedó reconocida como obra maestra, original, genuina, del insigne dramaturgo D. José Echegaray, esta obra, repito, había dejado tan agradables recuerdos, que no era de extrañar que el público acudiese a escucharla con anhelo.

El Sr. Vico dió un relieve extraordinario al personaje que representaba. ¡Qué riqueza de pormenores! ¡Qué acentos de duda, de vacilación y de dolor! ¡Cuánta entereza! ¡Qué lucha tan humana, tan verdadera, la de aquel pobre padre puesto en pugna entre la honrada voz de su deber y el infinito amor hacia su hija!

En la representación de *O locura ó santidad* se nos reveló la señora Cicera como una consumada artista en su difícil papel de Juana. Desde que se asomó su lívida faz por la puerta del foro, en el primer acto, comprendióse que avanzaba hacia el público un ser extraordinario, cuyo destino consistía en hacernos derramar esas lágrimas furtivas del deleite artístico, las cuales procuramos ocultar para que no se nos tache de impresionables en demasía.

No hay mal que por bien no venga, lindísima comedia de eminente autor que oculta su nombre bajo el pseudónimo de Joaquín Estévez, siguió a *O locura ó santidad*.

Esta comedia cuajada de interés, escrita en magnífico castellano y repleta de hermosos y profundos pensamientos fué admirablemente interpretada por el Sr. Tamayo, y por la señorita Gambarela.

En *La Pasionaria*, *Consuelo*, *El Nudo gordiano*, *Los amantes de Teruel* y *Don Juan Tenorio*, obtuvo el Sr. Vico nuevos triunfos que harán época en su carrera artística.

¡Honor, pues, al insigne artista que ha realizado un pensamiento tan colosal, cual el de presentar doce producciones notables que han abierto con llave de oro la temporada de este año en el clásico coliseo!

La inauguración de la temporada, en el teatro de la Opera, es otro de los acontecimientos que he de consignar en esta revista.

D. Pedro Antonio de Alarcón lo dijo, allá en los tiempos en que no pensaba en ser Consejero de Estado, ni gran cruz, ni académico, y en que, para honra del oficio de escribir para el público, emborrataba cuartillas. Hasta que el Real no se abre, Madrid no es Madrid.

Y tenía razón cuando afirmaba que en vano es que deje de hacer calor, que truene y que llueva, que se abran otros centros, que se haga la vendimia, que aparezcan algunos abrigos, que se toque a la oración a las seis y media, que se cuajen de noticias los periódicos, que acaben las ferias, que vengan los estudiantes, los pretendientes y los empleados que disfrutan de vacaciones, que se caigan las hojas de los árboles, que el Casino, el Veloz y los salones se pueblan de gente. Parece que hay un convenio tácito en no dar importancia a estos hechos hasta que se entra oficialmente en Madrid; esto es, hasta que se aparece en el teatro de la Opera.

Aquella es la gran cita, el gran Congreso, la hora solemne en que se toma posesión del cargo de Madrileño y se abre la legislatura del mundo elegante.

Este año ha coincidido, para dar mayor solemnidad al acto, el frío y la apertura. Al primer día de invierno, ha sucedido la primera noche de reunión del mundo elegante.

El teatro de la Opera con buen tiempo, pierde uno de sus encantos: el que proporciona la luz seductora del contraste. Aquella atmósfera tibia y perfumada, aquel espectáculo de lujo, de hermosura y de riqueza, se aprecian mucho más, cuando se llega a ellos después de atrevesar el frío, la oscuridad y la lluvia.

En la ópera, como en todos los teatros, lo primero

que se llena son las galerías altas. Allí está en su lugar verdadero público

De allí parten los decretos que pregonan el tiempo ó anuncian el fracaso; allí están, como en el cerebro del hombre, los pensamientos.

¡Qué bullicio, qué algazara reina en aquellas alturas del paraíso! El antiguo, el clásico, el característico *diletantí*, se precipita por llegar al puesto que, por una no interrumpida tradición, ocupa. Alegre y animado grupo de estudiantes y em pleados se extendía buscando las posiciones extratéticas; *ellas*, las interesantes Evas de aquel Edén, llegan acompañadas de sus jímamas unas, de las tías otras, del respetable cúmulo de sus años algunas.

Se reanudan amistades, se recuerdan antiguas relaciones, se *hacen siltos*, se habla de Meyerbeer, del *Roberto*, de Stagno, de Gayarre, de Uetam, de las temporadas anteriores, de Michelena, y de otra infinidad de asuntos que sería prolijo enumerar, presentando el conjunto un cuadro indescriptible.

Graves, silenciosos, se sitúan convenientemente los respetables individuos del benemérito cuerpo de alabarderos.

En tanto, con más reposo, llegan á sus numeradas localidades los espectadores de palcos por asientos.

Pasan algunos minutos y se da más luz, el monótono fondo rojo de las butacas se va matizando con puntos blancos y de todos colores, que hacen el mismo efecto que las margaritas en la pradera y las espigas verdes.

Rechinan sobre sus goznes las puertas de los palcos, prodúcese el confuso ruido de sillas y taburetes, que anuncian la llegada de las señoras, y comienzan las primeras apariciones.

Allá, en el fondo del palco, se despojan del abrigo como la mariposa de la larva, y avanzan á la primera fila deslumbradoras y brillantes. Se sientan en los sillones de terciopelo, pasan la enguantada mano por el cabello, arreglan y desarreglan los pliegos del traje, buscan con seductores movimientos la posición más cómoda y más estética; cogen los gemelos, recorren, auxiliados por ellos, sus miradas la sala; comienzan los cambios de saludos, de sonrisas, de movimientos de cabeza. Parece que una voz ha gritado *todo el mundo en escena*.

Duran estos preliminares lo que tarda en destacarse en el sitio del director la cabeza del maestro. Aparece éste, empuña la batuta, dirige una mirada á los profesores, abrazados ya á sus instrumentos, suena la señal, cesan los murmullos, se impone el silencio y comienzan á llenar la sala y á llegar á los corazones las primeras notas de una de las más inspiradas óperas que el genio de Meyerbeer ha creado: *Roberto el Diabolo*.

Impone siempre respeto el nombre de Meyerbeer, y esto, unido á la circunstancia de volver á oír á artistas tan distinguidos como los señores Stagno y Uetam, hizo que hubiese entre los concurrentes una corriente de interés que daba más atractivo al cuadro general.

La función revistió carácter solemne. El tenor, que no tiene rival en la interpretación de Roberto, viene, por decirlo así, rejuvenecido de voz. Conserva el registro alto, potente y brillante, frasea muy bien, y tiene todo el entusiasmo de la primera época de su carrera.

Condición especial del artista español Uetam, es la sobriedad. Desde que no había cantado en Madrid, podemos decir que ha mejorado, si es posible que mejorar pueda cantante de tanta valía. Nos referimos á la parte escénica: ya no se notan en su trabajo detalles que pecaban de exagerados. Ahora saca todos los efectos de su hermosa voz que no tiene igual, y de la sobriedad de su trabajo, como conviene á un artista de su talento.

La inauguración de la Ópera ha satisfecho este año á los más exigentes, y el haber exigido para ella la ópera *Roberto el Diabolo*, ha sido idea excelente; que la divina obra de Meyerbeer, la obra fantástica, el trasunto de la sublime idealidad, es inmortal y ha de merecer siempre el respeto profundo de los que comprenden y sienten la belleza.

El nuevo coliseo de la Princesa, construido en la intersección de las calles del Marqués de la Ensenada y del Piamonte, obra de los arquitectos Sres. D. Agustín y D. Manuel Villajos y propiedad de la duquesa de Medina de las Torres, se inauguró en la noche del 15 del actual.

El teatro de la Princesa es bellissimo y se ha hecho á todo coste. Su valor puede calcularse en unos cinco mi-

llones de reales. El capítulo del presupuesto que al dorado se refiere se eleva en unos 30.000 duros.

El aspecto de la sala con el gas encendido, es realmente deslumbrador.

Jamás se ha podido decir con más propiedad que el teatro parece un ascua de oro.

La función de apertura se dedicó á la Beneficencia.

Representóse *Muñete y verás*, una de las mejores comedias de Brerón de los Herreros.

Como fin de fiesta, se representó el sainete escrito *ad hoc* por D. Tomás Luceño.

El sainete es un trabajo concienzudo, escrito con gran conocimiento de la época y cuajado de toques de observación é ingenio.

La acción se desarrolla frente al clásico teatro del Príncipe, en el momento en que se va á estrenar *La comedia nueva ó el café*, de Moratín.

Este pensamiento dió ocasión al Sr. Luceño para presentar en escena una porción de personajes, amigos unos y adversarios otros del esclarecido autor de *El sí de las niñas*.

Comellas y el abate Cristóbal dicen pestes del autor, y tratan de hundir su comedia. En cambio, D. Ramón de la Cruz y otros personajes ponen á Moratín en las nubes.

Una vez que *El sí de las niñas* fué aplaudido, todo son felicitaciones, y no se apresuran menos á dárselas á su autor aquellos que peor han hablado antes.

El cuadro es de ayer, por su lenguaje, por sus peripecias, por su colorido... pero ¿no podría tener aplicación á lo que sucede hoy todavía? Quizá existe algo de amarga ironía y bastante de sátira actual en *El corral de las comedias*.

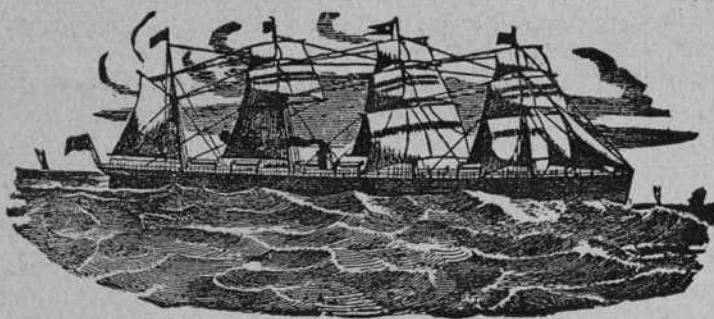
Deseamos de todo corazón que el nuevo templo levantado al arte de Talía, marque la época de la regeneración de la literatura escénica.

ANTONIO GURRA Y ALARCÓN.

MADRID: 1885

Imprenta de Ulpiano Gómez, Cabeza, 36, bajo.

ANUNCIOS



SERVICIOS
DE LA

COMPANÍA TRASATLANTICA

DE BARCELONA
VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA
con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 27, para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevititas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *España*.
El 20, de Santander, *Méndez Núñez*.
El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapur, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25 Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.
El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larriaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses materiales.

Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirigen á las *Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES
SEVILLA *Rvn.*

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de caentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS.
Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

HIIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE

E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen 13